

LA ESPAÑA DRAMATICA.

DE

D. PABLO AVECILLA.

EL HIJO NATURAL.



PUNTOS DE VENTA EN MADRID:

D. Juan Diaz de los Rios, *calle de Carretas.*

D. José Cuesta, *calle Mayor.*
Bailly-Bailliere, *Príncipe.*

IMP. DE C. GONZALEZ.—S. Anton, 26.
1858.

CATÁLOGO *de las obras dramáticas de la propiedad del* CIRCUL[O]

LITERARIO COMERCIAL.

DRAMAS EN TRES ó MAS ACTOS.

Madrid por dentro.
Entre el cielo y la tierra.
Susana.
La duda.
Los Hijos de la noche.
El Capitan Pacheco.
Hamlet.
Don Alvaro de Luna.
El Triunfo del pueblo libre.
Napoleon en España.
Kuser ó los bandos de Holanda.
La Torre del Duero.
Magdalena.
La Pasion.
El Hijo del ciego.
El Castillo de Balsain.
Los Contrabandistas del Pirineo.
El Puente de Luchana.
¡Creo en Dios!
¡Las Jornadas de Julio!
Pedro Navarro.
Don Rafael del Riego.
La Niña del mostrador.
La Mano de Dios.
Remismunda.
¡Redencion!
Rioja.
Mujer y madre.
El Curioso impertinente.
La Aventurera.
La Pastora de los Alpes.
Felipe el Prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho.
El Fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El Donativo del diablo.
La Hija de las flores.
El Valor de la mujer.
La Fuerza de voluntad.
La Máscara del crimen.
La Estrella de las Montañas.
La Ley de raza.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Andres Chenier.
Adriana.
La Ley de represalias.
El Ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo.*
El Trovador, *refundido.*
Cristobal Colon.
Un Hombre de estado.
El Primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza republicana.
Doña Juana la Loca.
El Hijo del diablo.
Sara.
Garcia de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS EN TRES ó MAS ACTOS.

El hijo natural.
El dinero y la opinion.
Un hombre importante.
Quien mas mira menos ve.
La escala de la vida.
Unos llevan la fama.
Las Indias en la córte.
¡Mejor es creer!
Los Organos de Móstoles.
La Escuela de los ministros.
El Fondo y la corteza.
El Tesoro del Diablo.
La Flor de la maravilla.
El Agua mansa.
Un Infierno ó la casa de huésp[edes].
El Duro y el millon.
El Oro y el oropel.
El Médico de cámara.
Un Loco hace ciento.
La Tierra de promision.
La cabra tira al monte.
Sullivan.
El Peluquero de Su Alteza.
La Consola y el espejo.
El Rábano por las hojas.
Tres al saco....
Un Inglés y un vizcaino.
A Zaragoza por locos.
Los Presupuestos.
La Condesa de Egmont.
La Escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una Aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los Millonarios.
Los Cuentos de la reina de Nav[arra].
El Hermano mayor.
Los Dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un Clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita.
Quién es ella?
Memorias de Juan Garcia.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La Ceniza en la frente.
Un Matrimonio á la moda.
La Voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero.
Mauricio el republicano.
A quien Dios no le dá hijos...!
La Nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficialito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.

EL HIJO NATURAL,

COMEDIA EN CUATRO ACTOS Y UN PROLOGO

ORIGINAL DE

Mr. ALEJANDRO DUMAS (hijo),

TRADUCIDA DEL FRANCÉS POR

D. LUIS CORTÉS Y SUAÑA, D. JOSÉ MARIA ESCUDERO Y D. MANUEL PADILLA

Y

representada por primera vez con extraordinario aplauso en el Teatro de Novedades de Madrid, la noche del 13 de Marzo de 1858.



N.º 317.

MADRID.
IMPRENTA DE C. GONZALEZ, CALLE DE SAN ANTON, NÚM. 26.
1858.

Los traductores de esta comedia cuentan como garantía de su propiedad, además de los derechos que les concede el convenio internacional de 15 de noviembre de 1853, especialmente en sus artículos 1.°, 2.°, 8.°, 11.° y 15.°, con los siguientes títulos:

1.° Una autorizacion telegráfica del autor, Mr. Alejandro Dumas (hijo), para la traduccion y representacion de su obra.

2.° Otra id. por el mismo conducto, ratificando la anterior.

3.° Un documento autógrafo del citado Dumas, concediendo espresa y especialmente la autorizacion á los efectos indicados.

4.° Una sentencia dada por el juzgado de Lavapies de esta capital, declarando no haber lugar al interdicto de retener deducido por D. Luis Olona contra la traduccion y representacion de la comedia.

De todos estos documentos hará uso el Editor de la presente obra en caso necesario.

PERSONAGES.		ACTORES.
CLARA VIGNOT. . . .	Sras.	Rodriguez.
HERMINIA.		Cairon.
ENRIQUETA DE STERNAY.		Menendez.
MARQUESA.		Martin.
GERVASIA.		Cruz.
ARÍSTIDES FRESSARD. .	Sres.	Valero.
MARQUÉS DE ORGEBAC. .		Calvo.
SANTIAGO.		Zamora.
CÁRLOS STERNAY. . . .		Bermonet.
EL DOCTOR.		Hernandez (E).
LUCIANO.		Hernandez (C).
CRIADO 1.°		Zaragozano.
CRIADO 2.°		Cruz.

El prólogo pasa en 1819, en Paris, en casa de Clara.

El primer acto, en Ingouville, en casa de la señora de Sternay.

El segundo, en el Havre, en la fonda de Francia.

El tercero, en una casa de campo del Marqués de Orgebac, cerca París.

El cuarto, en casa de Clara Vignot, en París.

NOTA. Por izquierda y derecha debe entenderse la de los actores.

PRÓLOGO.

Sala modestamente amueblada.—Dos puertas en el foro, que conducen, la de la derecha á la escalera, y la de la izquierda á las habitaciones interiores.—Chimenea en el foro.—Muebles de caoba.—Bastidores para bordar, etc. etc.

ESCENA PRIMERA.

LUCIANO.—GERVASIA.

(*Que está sentada á la izquierda del velador, doblando unos dibujos de bordar.*)

LUCIANO. (*Entrando.*) Buenos dias, Gervasia.
GERVAS. Buenos dias, caballero Luciano.
LUCIANO. ¿Cómo sigue el niño? (*Dejando el abrigo sobre una silla.*)
GERVAS. Mejor, mucho mejor.
LUCIANO. Segun eso, el señor Blanchard se ha portado?...
GERVAS. Perfectamente.
LUCIANO. Es tan excelente sujeto como buen médico.
GERVAS. ¿Y os habeis incomodado solo por venir á saber de nuestro Santiaguito? Sois muy atento.
LUCIANO. No he tenido que andar muchas leguas, puesto que vivo en la casa...
GERVAS. De que sois propietario, cosa que nadie se figuraria si no fuese por los recibos de inquilinato que tanto trabajo os cuesta firmar.

LUCIANO. Es cosa tan pesada eso de pagar el alquiler!... Ademas, entre amigos...

GERVAS. Entre amigos? Ya! ya!

LUCIANO. Qué! No me aprecia vuestra sobrina? Haria mal, porque yo la estimo mucho.

GERVAS. Lo cierto es que Clara os quiere mas que las personas que se dicen amigas vuestras y tienen la culpa de la vida que llevais.

LUCIANO. ¿Qué vida, Gervasia? (*Se sienta al otro lado del velador y deja el sombrero sobre él.*)

GERVAS. Apostaria cualquier cosa á que en este momento os retirais á vuestra casa.

LUCIANO. Con efecto.

GERVAS. A las once de la mañana!

LUCIANO. Eso prueba que hoy he salido muy temprano.

GERVAS. De corbata blanca y con medias de seda!... Al contrario; eso prueba que no habeis pasado la noche en casa.

LUCIANO. Es verdad; no me acordaba.

GERVAS. Bonita cara teneis!... (*Se levanta, coje los dibujos y los coloca sobre la mesa grande de la derecha.*)

LUCIANO. De algun modo se ha de pasar la juventud.

GERVAS. Y pasará bien pronto, con esa vida. (*Baja hácia la mesita de labor y arregla lo que hay en ella.*)

LUCIANO. Pues, y vos?

GERVAS. Yo?... (*Volviéndose á él con un bordado en la mano.*)

LUCIANO. Sí: ¿á donde íbais anoche por el arrabal de san Dionisio?

GERVAS. Iba... al arrabal de san Dionisio.

LUCIANO. ¿A qué?

GERVAS. A llevar unos bordados al almacen.

LUCIANO. Quién los habia hecho?

GERVAS. Quién? Ya lo sabeis; mi sobrina Clara.

LUCIANO. No darán mucho por esas cosas?

GERVAS. Si los que, como vos, prodigan con tanta facilidad el dinero á las mujeres que en nada se ocupan, supiesen los sudores y afanes que pasa la que trabaja para ganar veinte francos, tendrian remordimientos; os lo aseguro: su única disculpa es que no lo saben... (*Acaba de doblar el bordado y lo deja sobre la mesita.*)

LUCIANO. Vendedme esas labores; deseo comprarlas.

GERVAS. Para qué? (*Arreglando la cortina de la ventana.*)

LUCIANO. Las necesito...

GERVAS. Vos? y para quién? (*Se vuelve.*)

LUCIANO. Para esas señoras que en nada se ocupan. Las pagaré en géneros en vez de pagarlas en especies; se pondrán furiosas. (*Movimiento de ella.*) No, no me chanceo; vendedme cuellos y mangas; me hacen mucha falta: me las han encargado; os las pagaré, valgan lo que valieren. Tened la bondad de preferirme á los demas compradores.

GERVAS. No lo puedo remediar, soy maliciosa. (*Acercándose á él.*)

LUCIANO. (Al fin mujer!)

GERVAS. Lo he sido hasta no mas, y veo que sin motivo, porque sois bueno...

LUCIANO. Solo los tontos no lo son.

GERVAS. Lo cual prueba que teneis talento, y que sabeis hasta lo que no os dicen.

LUCIANO. Solo sé que, no sé nada.

GERVAS. No mintais.

LUCIANO. Entonces lo sé todo... No hablemos mas de eso. (*Se levanta, toma el sombrero y pasa á la izquierda.*)

GERVAS. Vais á acostaros?

LUCIANO. No; voy á vestirme y á montar á caballo.

GERVAS. Mejor haríais en iros á dormir.

LUCIANO. Tiempo hay de sobra á la noche.

GERVAS. O mañana... ¿no es cierto?... Acabareis por quitaros la vida... y eso será una necedad en un hombre de talento.

LUCIANO. Tengo una salud de hierro. (*Al médico que entra.*) ¿No es verdad, doctor?

ESCENV II.

Dichos.—EL DOCTOR.

DOCTOR. (*Desde el foro.*) Qué?

LUCIANO. ¿No es verdad que tengo una salud de hierro?

Doctor. Vos?... Sois mas fuerte que una roca.
Luciano. *(A Gervasia.)* Ya lo ois...
Gervas. *(Al doctor.)* Voy á avisar á mi sobrina que estais aqui. *(Sale.)*

ESCENA III.

El Doctor.—Luciano.

Doctor. Hola! Galanteais á la dueña de la casa?
Luciano. Yo?... qué disparate!
Doctor. Sin embargo, la opinion pública asi lo dice.
Luciano. La opinion pública es un juez, inexorable siempre, pero injusto muchas veces; al menos en esta ocasion...
Doctor. Esa jóven es muy interesante.
Luciano. Sí.
Doctor. Ademas parece muy buena.
Luciano. Excelente! pero ni ella me querria, ni yo pienso en ella. Por otra parte, tiene un marido á quien adora.
Doctor. ¿Con que real y verdaderamente está casada?
Luciano. ¿Por qué no? ¿Qué tiene eso de particular? No parece sino que no hay mujeres casadas en el mundo!.. Observo, querido doctor, que me mirais con una atencion!...
Doctor. Deberiais cuidaros...
Luciano. De veras?
Doctor. Por fuerte que uno sea, necesita mirar un poco por su conservacion. Por qué no viajais?...
Luciano. Por Italia?...
Doctor. Sí... ó si no, casaos.
Luciano. Gracias! eso está muy lejos... prefiero la Italia. *(A Clara que entra.)* Buenos dias, señora; cómo os encontrais hoy?

ESCENA IV.

Dichos.—Clara.

Clara. Muy bien, Luciano; gracias.
Luciano. ¿Con qué el niño sigue mejor?

CLARA. El médico lo ha de decir.

DOCTOR. Ha dormido? (*Luciano se recuesta en el escritorio.*)

CLARA. Perfectamente.

DOCTOR. Esa es buena señal... Voy á verle. (*Váse por la izquierda.*)

ESCENA V.

CLARA.—LUCIANO.

CLARA. (*Disponiéndose á seguir al doctor.*) Me permitís, Luciano?...

LUCIANO. Nada mas justo, pero...

CLARA. Vamos; teniais algo que decirme?

LUCIANO. Nada; como ayer os encontré triste...

CLARA. Estaba inquieta por mi hijo.

LUCIANO. Nada mas?

CLARA. Nada mas.

LUCIANO. Y hoy?

CLARA. Me hallo mas tranquila.

LUCIANO. Teneis noticias de vuestro marido?

CLARA. Hoy le espero.

LUCIANO. No gasteis cumplimientos conmigo; el médico os aguarda. (*Le estrecha la mano.*)

CLARA. Teneis calentura!

LUCIANO. Lo creo... Tengo ochenta y cinco pulsaciones por minuto, diez y seis mil mas de las regulares en un dia: yo mismo he hecho el cálculo.

CLARA. Entonces estais enfermo.

LUCIANO. Mucho.

CLARA. Y lo decis con esa frescura!...

LUCIANO. ¿Cómo quereis que lo diga?

CLARA. Es menester que os cuideis; voy á llamar al doctor.

LUCIANO. Es inútil; no puede hacer nada. Sé mejor que él lo que tengo. (*Pasa á la derecha.*)

CLARA. ¿Qué teneis?

LUCIANO. Es muy sencillo. (*Se apoya sobre el velador.*) Soy hijo de un padre que murió de un aneurisma á los treinta años, y de una madre que sucumbió á los veinte y tres, víctima de una

tísis. Quedé dueño de mis acciones á los diez y ocho años y de mi fortuna á los veinte y uno, lo cual quiere decir que aun me quedan recursos para doce meses de vida.

CLARA. ¡Qué niñada!

LUCIANO. Yo bien sé lo que digo.—Hasta la vista.

CLARA. Pero...

LUCIANO. Os suplico, señora, que no me compadezcais, ni me aconsejeis que me cuide. No hay cosa que me fastidie tanto como que me tengan lástima. No pasa dia sin que encuentre quien me diga: «Jesus! Qué mala cara!... deberíais cuidaros... Qué teneis?... estais muy pálido...» Hay otros que os miran y no os dicen una palabra, pero cuyo pensamiento se lee en sus ojos. No hay cosa mas insoportable que esta en el mundo. Demasiado sé yo que estoy enfermo... no necesito que lo digan; pero, amigo, á las personas sanas les gusta tanto hacer ostentacion de su buena salud!...

CLARA. Todo lo que os dicen es por vuestro bien, porque se interesan por vos.

LUCIANO. Bah! bah!... y quién se interesa por mí?

CLARA. No solo estais enfermo... teneis ademas algun pesar.

LUCIANO. Lo tuve; ya pasó.

CLARA. Una mujer, sin duda?

LUCIANO. Naturalmente. Siempre media una mujer en los pesares de un hombre de mi edad.

CLARA. ¿Y para consolaros...

LUCIANO. He pasado las noches en blanco... he jugado y querido amar á otras: pero no he podido olvidar... y me he quitado la vida...

CLARA. Y no teneis un alma que os quiera?

LUCIANO. Tengo cincuenta mil libras de renta... No todo se puede tener.

CLARA. Sin embargo, en el mundo hay mujeres de bien...

LUCIANO. Como vos. Quereis amarme? *(Tendiéndole la mano, que ella estrecha.)*

CLARA. Luciano...

LUCIANO. Perdonad; ha sido una broma, aunque no de muy buen género; pero algo se ha de reir uno...

Si en el año que me resta de vida, puedo serviros de algo, disponed de mí como gusteis. (*Mirándola fijamente.*) Cuando pienso que al empezar á vivir hubiera podido encontrar una mujer como vos... (*Suelta la mano de Clara y se aparta.*) Quizá no os habria amado... Son los hombres tan necios... Ah! Trajeron anoche unos juguetes para el niño?

CLARA. Sí: al instante adivinó que vos se los enviábais... Os lo agradezco en el alma.

LUCIANO. Me gusta mucho ese niño!... qué guapo es!.. (*Cogiendo el abrigo.*) Pero con mi presencia no os dejo ir á verle... Me marcho pues. (*Al médico que entra.*) Hasta la vista, doctor. Conque, carnes asadas, nada de emociones y un viaje á Italia, no es eso?

DOCTOR. Sí, calaverilla.

LUCIANO. (*A Clara.*) Me permitireis, señora, que vuelva despues á daros las buenas noches?

CLARA. Cuando gusteis. (*Vase Luciano.*) Pobre muchacho!...

ESCENA VI.

CLARA.—EL DOCTOR.

DOCTOR. Le compadeceis, señora?

CLARA. Está muy malo.

DOCTOR. Sí, pero no quiere cuidarse; lejos de eso, pasa las noches sin dormir. Muy sólida debe ser la máquina del hombre, cuando ese muchacho no está enterrado hace mucho tiempo: pero de repente caerá para no levantarse mas.

CLARA. Ya lo sabe él.

DOCTOR. De veras?

CLARA. Ahora poco me decia que dentro de un año morirá.

DOCTOR. Pues se equivoca.

CLARA. (*Con alegría.*) Sí?

DOCTOR. Sucumbirá dentro de seis meses. (*Movimiento de tristeza en Clara.*) Por muy seguro que esté

de morirse, por muy preparado que para ello se encuentre, tratándose de una enfermedad como la que padece, el hombre, á pesar suyo, se cree siempre con mas vida de la que realmente tiene. De todos los hábitos de este mundo, la vida es el que mas difícilmente se pierde, porque es el primero que se adquiere.

CLARA. Eso es horrible!

DOCTOR. Es triste...

CLARA. Oh! Ya no me atrevo á preguntaros por mi hijo.

DOCTOR. En cuanto á ese nada hay que temer.

CLARA. De veras? (*Se dirige al escritorio, saca varias monedas y las envuelve en un papel.*)

DOCTOR. Dadle hoy unas sopitas bien caldosas, mañana un poco de gallina, y perded cuidado: es cuanto puedo deciros.

CLARA. (*Entregándole las monedas.*) Tomad, doctor, por las visitas que os habeis dignado hacernos, aunque bien sé que con esto no pago todo lo que os debo. Así que el niño pueda salir, iremos juntos á manifestaros el mas cordial reconocimiento.

DOCTOR. Entonces os espero dentro de tres ó cuatro dias á lo sumo.

CLARA. Oh! gracias por tan halagüeña promesa.

DOCTOR. Señora, tengo el honor de saludaros.

CLARA. Hasta la vista, doctor. (*Váse el médico.*)

ESCENA VII.

CLARA.—GERVASIA, (*con una cesta.*)

CLARA. Cárlos vuelve hoy; tal vez comerá aquí. Ya sabes lo que le gusta, eh? (*Coloca la mesita y se pone á trabajar.*)

GERVAS. No tengas cuidado; te prometo que se ha de chupar los dedos. Justamente he puesto para el niño un caldo bien sustancioso.—Comereis á las seis?

CLARA. Probablemente.

GERVAS. Bueno; lo demás de mi cuenta corre.

ESCENA VIII.

Dichas.—ARÍSTIDES.

ARÍSTID. (*Abriendo la puerta.*) Se puede entrar?
CLARA. Calle! eres tú, Arístides!
ARÍSTID. El mismo! (*Deja el sombrero y la abraza.*)
CLARA. ¡Cuánto me alegro de verte!...
ARÍSTID. Buenos dias, Gervasia. (*Dándole la mano.*) No pasa dia por vos.
GERVAS. Pensais marcharos pronto?
ARÍSTID. No.
GERVAS. Entonces voy á hacer unas compras y vuelvo. (*Váse.*)

ESCENA IX.

ARÍSTIDES.—CLARA.

ARÍSTID. Mírame bien un instante... Así... Te puedo seguir tuteando? (*Cojidos de las manos.*)
CLARA. ¡Qué pregunta!
ARÍSTID. Es que no tengamos luego funcion; no vaya alguien á incomodarse...
CLARA. Nadie, amigo Arístides. Todos los que me conocen saben que te quiero como á un hermano.
ARÍSTID. Parece que estás contenta?
CLARA. Llegas en buena ocasion.
ARÍSTID. Eso quiere decir que hay ocasiones malas?
CLARA. Siempre hay unas mejores que otras.
ARÍSTID. Y el arrapiezo?
CLARA. Ahora va mejor.
ARÍSTID. Cómo!.. ha estado enfermo?
CLARA. Sí; un fuerte constipado...
ARÍSTID. Habrás estado apesadumbrada?
CLARA. Figúrate... He pasado las noches en vela.
ARÍSTID. Se le puede ver?
CLARA. Ahí está.
ARÍSTID. Y su papá?

CLARA. Hoy debe regresar. (*Soltando las manos y con júbilo.*)

ARÍSTID. Ya comprendo tu alegría. Con que ha estado fuera.

CLARA. Lleva seis semanas. (*Coje el bastidor y coloca bien la silla.*)

ARÍSTID. ¿No te ha sucedido nada de particular?

CLARA. Nada y á tí? En primer lugar ¿tu padre...

ARÍSTID. Tintorero como siempre; otra cosa es la que ocurre.

CLARA. Cuál?

ARÍSTID. Aquí donde me ves, vengo á París á buscar unos papeles para...

CLARA. Para casarte?... Y con quién?... (*Viniendo con un bordado.*)

ARÍSTID. Con la notaría... (*Corrijiéndose.*) No; con la hija del señor Chauveau.

CLARA. De tu principal, eh?

ARÍSTID. Justamente.

CLARA. Si no estoy equivocada, era bonita.

ARÍSTID. Y lo es, en estremo; tiene la nariz remangada. No me disgustan esas naricitas corteses que no huelen lo que la boca dice y dejan espedito el camino á la palabra: eso es magnífico, favorece mucho á la persona, la dá mas realce. Por lo demas, está buena; goza de una salud envidiable, salud de pueblo. Bastante gruesa, pero eso como conoces no es defecto, y en la mujer que se ama prefiere uno las sobras á las faltas.... Honrada, que es lo principal; y en cuanto vé que se juega con el amor, ya la tienes llorando. Si me oyese!...

CLARA. La quieres?

ARÍSTID. La adoro... Me vá á dar unos angelitos, (ya me parece que los estoy viendo) rollizos y frescos como manteca, sonrosados como manzanas... Ella los criará (me lo ha dicho)... y cuidará perfectamente del manejo de la casa... y tendrá mucha ropa blanca en los armarios, y hará dulces para el invierno... Será en fin mi esposa la mujer que habia soñado.

CLARA. Y el padre no se opone? (*Se sienta y se pone á bordar.*)

ARÍSTID. Si es quien me la ha ofrecido; al oir nuestros contínuos suspiros, ha conocido que nos queriamos. Ella le confesó que me amaba y deseaba casarse conmigo... (*Se sienta al lado de Clara.*) y su papá respondió: «Bien; lo consiento»... Despues, cuando estuvimos solos; «Oye, me dijo, te doy la mano de Victoria y te vendo mi notaría por la mitad de su valor; me la pagarás cuando puedas». En seguida me dió un estrecho abrazo de suegro, le correspondí con otro mas fuerte de yerno, y fuí corriendo á comunicar la noticia á mi padre, quien me contestó: «Hola! quieren humillarme; pues bien, aguarda», y me puso en la mano... una friolera... cuarenta mil francos!.. Ya ves si dá de sí el oficio de Tintorero!.. Pero hablemos de tí, puesto que por tí he venido. No ignoras lo que te aprecio.

CLARA. Lo sé, amigo Arístides.

ARÍSTID. Tu madre tambien me queria mucho. Pobre señora! qué buena era! Se me figura que la estoy viendo en Tours, en su humilde tienda al lado de la de mi padre. Te acuerdas cómo nos poníamos las manos de añil y los azotes que nos costaba? Pues y cuando teñimos de verde y amarillo al perro del droguero?.. Qué furioso se puso!.. Pero llego la época fatal. Tu pobre madre cayó enfermá, murió, fué preciso vender lo poco que dejaba y ganarse la vida. Desde entonces te quedaste con tu tia Gervasia... Es una mujer de bien... pero no vé mas allá de sus narices. Tuviste que coser para fuera. Tenias ya diez y seis años... Yo me hallaba á la sazon en París con mis setenta y cinco francos al mes, no teniendo muchos dias que comer; pero creyendo en el porvenir, en ese pastelero fantástico que nos hace saltar por encima del presente, enseñándonos galletas que nos rompen los dientes cuando las comemos. No nos volvimos á ver, hasta que hace cuatro años te encontré de nuevo en Paris, ya sabes en qué circunstancias. Pobre Clara! Pero díme, eres ahora feliz?

CLARA. Tanto como puedo serlo.

ARÍSTID. Eso no es responder. Y el padre del chico, què tal se porta?

CLARA. Bien.

ARÍSTID. Sigue amándote?

CLARA. Me ama.

ARÍSTID. Y á su hijo?

CLARA. Tambien.

ARÍSTID. Le ha reconocido?

CLARA. No.

ARÍSTID. Por qué?

CLARA. Por su familia.

ARÍSTID. Esa no es una razon para un hombre honrado.

CLARA. Le reconocerá; me lo ha prometido.

ARÍSTID. Y entre tanto, ha asegurado vuestra suerte?

CLARA. Nunca le he pedido nada.

ARÍSTID. Entonces, de qué vives?

CLARA. De mi trabajo.

ARÍSTID. Y ese hombre, en la posicion que ocupa, permite que hagas con el sudor de tu frente la educacion de su hijo?

CLARA. Muchas veces me ha ofrecido, me ha traido dinero, y siempre lo he rehusado. No hago poco con aceptar lo que tiene á bien regalarnos el dia del santo de mi hijo, ó el mio. El me dió cuanto vés, y yo lo he admitido solo por complacerle.

ARÍSTID. Has hecho mal en ser tan escrupulosa.

CLARA. Arístides!..

ARÍSTID. Seguramente! Si no posees bienes de fortuna, él los tiene y le toca por consiguiente cuidar de su hijo.

CLARA. Ese hijo cuesta bien poco. Por otra parte, se me figura que me pertenece más, no dependiendo sino de mí. Oh! mientras pueda sola atender á nuestras cortas necesidades, no quiero recurrir á nadie. Sentiria en el alma que Cárlos pudiese suponer ni por un momento que ha habido cálculo, ó ambicion de mi parte. Creo que me ama y quiero que me estime.

ARÍSTID. No te estimaria menos y te amaria mas, si de vez en cuando le recordases los deberes que su estado le impone. De otro modo, le acostum-

bras á que os olvide y el dia menos pensado... (*Se levanta.*) Yo, si te he de decir la verdad, no tengo gran confianza en el señor Sternay, como nunca me la inspiran las personas que no trabajan y que cuando vienen al mundo se lo encuentran todo hecho. La ociosidad de hombres como él, causa la desgracia de mujeres como tú. (*Se dirige á la chimenea.*) Algunas veces le he visto pasearse en las inmediaciones del castillo de su madre. Iba al pueblo con su preceptor, cuando era mas jóven; se arreglaba mucho la corbata á los quince años, y se ocupaba demasiado de perros y de caballos para que haya podido formar su corazon en semejantes entretenimientos. (*Bajando.*) Que un hombre de mundo, cuando todavía depende de su familia, no se case inmediatamente con la jóven de quien tiene un hijo, no está bien; pero cuando el hijo cuenta... Qué edad ha cumplido el niño?

CLARA. Tres años.

ARÍSTID. Pero cuando el hijo tiene tres años... (Es cierto, tres años hace que fuí su padrino; el cinco de febrero de mil ochocientos diez y seis: cómo pasa el tiempo!...) (*Se sienta otra vez junto á Clara.*) Pues bien, decia que cuando el hijo tiene tres años, cuando su padre no le ha reconocido aun, cuando no puede dudar que ese hijo es suyo y cuando la mujer se conduce como tú lo haces: eso es por lo que yo no paso. Si el señor Sternay falleciese mañana, de una caida de caballo, ó de cualquier otra cosa, (el motivo nada importa), ¿qué seria de tí con un hijo sin fortuna y sin nombre? No eras una muchacha honrada cuando se dirijió á tí?—Sí.—Pues bien, hay situaciones que comprometen á un hombre para toda su vida. Tanto peor para él! (*Se levanta.*) Un jóven de veinte y siete años no es ningun niño; ya sabe lo que se hace. Eras jóven y hermosa; no tenias madre que velára por tí; trabajabas para vivir; la señora de Sternay necesitaba una costurera; fuiste á su casa; treinta sueldos diarios, comida, y habitacion

durante un mes... no podias dejar escapar tan buena coyuntura; ademas aquella era una casa muy decente. El Señor Sternay reunia en su favor la juventud, el talento, la elegancia, un carácter simpático y la elocuencia, cualidades que proporcionan á un hombre de veinte y siete años la vida campestre y una ocasion como la que encontraba. Amaste y cometiste una debilidad; no eres la primera. (*Vuelve á sentarse.*) Hoy las circunstancias son diversas; tienes un hijo; vives como la mujer mas virtuosa de la tierra; no le cuestas nada á ese hombre; eres una buena madre; es menester por lo tanto que tu hijó posea una fortuna; es necesario sobre todo que lleve el apellido de su padre. Yo soy padrino de ese niño; no he podido darle mas que el nombre de bautismo; al señor Sternay le corresponde darle el de familia. Quieres que vaya á buscarle?

CLARA. (*Con viveza.*) No darás semejante paso.

ARÍSTID. Por qué?

CLARA. Porque no quiero forzar en lo mas mínimo la voluntad de Cárlos.

ARÍSTID. Si tuvieses cien mil libras de renta, ¿crees que necesitarias forzar su voluntad para que se enlazase contigo? No. Pues bien, cuando un hombre no puede echar en cara á la madre de su hijo otra falta que la de no poseer cien mil libras de renta, su deber es casarse con ella como si las tuviese.

CLARA. Por desgracia, amigo Arístides, Cárlos no es completamente dueño de sus acciones.

ARÍSTID. Unicamente lo es de las malas; bien se conoce.

CLARA. Le juzgas mal. Si solo de él dependiese, hace mucho tiempo que me llamaria su esposa.

ARÍSTID. Te lo ha prometido?

CLARA. Muchas veces. Y si yo fuese, como has dicho, dueña de esa fortuna, la union se verificaria en seguida, á no dudarlo, porque la familia no podria acusarme de interesada. Cuando una pobre muchacha que ha cometido un desliz con un hombre de esfera superior á la suya, se casa con ese hombre, nadie dice: «Ha sido demasiado

inocente;» sino: «Ha sido muy hábil.» —Yo no lo soy y no quiero que digan eso de mí.

ARÍSTID. Entonces sabes lo que sucederá? Sucederá que el dia menos pensado, el señor Sternay os dejará á tí y á tu hijo, y hará bien.

CLARA. Qué poco le conoces!

ARÍSTID. Todas sois iguales. *(Se levanta.)* Cada mujer se cree una excepcion y se figura que no la ocurrirá lo que ha acontecido á las demás. Oh! si los rios hablasen podrian decirte cómo han concluido millares de jóvenes que pensaban como tú, sin contar con las que han preferido vivir, Dios sabe cómo.

CLARA. Esas no tendrian cual yo, un hijo á quien amar; yo lo tengo, y suceda lo que quiera, viviré para él y para mí, con decoro.

ARÍSTID. Lo que digo es por tu bien.

CLARA. Y te lo agradezco; pero he encontrado en mi concepto el mejor medio que podria hallar, que es el de fiar ciegamente en la delicadeza y el cariño de Cárlos que me ama, por mas que digas. Le conozco bien. Es débil, pero honrado. Ademas, le amo; esa es mi escusa en lo pasado, esa mi esperanza para lo futuro. Por último, á mí me corresponderia no creerle, sino tuviese plena confianza en él. Dejemos obrar al tiempo; Cárlos verá que le amamos y no podrá pasarse sin nuestras afecciones. Mientras tanto, leo, aprendo, me instruyo, hago en fin cuanto me es posible por conquistar una posicion elevada que pienso ocupar en un porvenir lejano. No quiero darle lugar á que se avergüenze de su mujer. Cada vez que Cárlos me vé, me juzga mas instruida, tiene mas gusto en hablar conmigo, y conozco que con esto su amor propio se considera halagado. ¿Qué mas puedo decirte? Trabajo, cuido al niño, no hago mal á nadie y vivo aquí retirada con mi tia, que nos asiste mucho mejor, como es natural, que lo haria una persona estraña. Mi hijo que, gracias á la divina Providencia se ha salvado, crece; su capacidad hace concebir grandes esperanzas; me ama. Qué me resta pues? Esperar y solo esperar. Ah! no me

quites la confianza; déjame creer en la bondad y en la misericordia de Dios.

Arístid. Bien; no hablemos mas de eso. Me escribirás á menudo, participándome lo que te suceda, y si algo se te ofrece, dispon de mí como gustes, aquí y lejos de aquí, hoy y mañana y mientras viva.

Clara. Segun eso, piensas volver á marcharte pronto?

Arístid. Esta noche, Victoria me espera; me ha dicho que contaria los minutos. Ya lo has oido; que me escribas.

Clara. Y si tu mujer es celosa?

Arístid. Sabe que te conozco y que he venido á verte; no tengo secretos para ella. «Lo apruebo,» me ha dicho; «haced todo lo que esté de vuestra parte por esa pobre muchacha.»

Clara. Y si alguna vez te necesito?

Arístid. Me hallarás dispuesto. ¿Dónde está el niño?

Clara. (*Abriendo con lentitud la puerta de la derecha.*) En mi alcoba.

Arístid. (*Descorriendo la cortina y mirando.*) ¿Es ese caballerito que tiene un muñeco en los brazos?

Clara. Sí.

Arístid. ¡Qué guapo es! ¡Quién no adora á esas criaturas! (*Entra Cárlos.*) Cómo duerme! No le despertemos. Ya se conoce que ha estado enfermo, pero eso no será cosa de cuidado. (*Vuelve á cerrar suavemente la puerta.*)

ESCENA X.

Dichos.—Cárlos.

Cárlos. ¡Clara!

Clara. (*Con esplosion y echándose en sus brazos.*) ¡Gracias á Dios!

Cárlos. Cuidado, que no estás sola.

Clara. (*Bajo.*) Es Arístides Fressard, un buen amigo mio, un compañero de la infancia de quien me has oido hablar muchas veces, el padrino de Santiago.

Cárlos. (*Saludando.*) ¡Caballero!

ARÍSTID. (*Idem cogiendo el sombrero.*) ¡Caballero! Adios, Clara.

CLARA. Adios, amigo mio. (*Vase Arístides.*)

ESCENA XI.

CLARA.—CÁRLOS.

(*Este deja el sombrero y se sienta á la derecha del velador; aquella baja detrás de él y le abraza.*)

CLARA. ¡Ah! Ingrato! Habeis dejado pasar seis semanas sin venir á verme.

CÁRLOS. He tenido que hacer un viaje: te lo he escrito, y ayer has debido recibir otra carta mia. (*Durante la escena, ella estará cariñosa; él reservado y grave.*)

CLARA. No me quejo; solamente que, como ha faltado muy poco para que perdiéramos al niño... Si hubiese muerto, sin que le hubieras visto!..... Afortunadamente ya está fuera de peligro; pero he tenido mucho miedo. Ven á abrazarle, pero no, primero á mí. (*Le vuelve á abrazar.*) Ahora, ven. (*Pasa á la izquierda.*)

CÁRLOS. ¿No te acaba de decir el señor Fressard, que dormia? Además; tengo que hablarte. (*La detiene y ella se sienta á su lado.*)

CLARA. Qué me vas á decir? Bien sabes que si no hubiese recibido ayer una carta tuya, hoy mismo me habria puesto en camino.

CÁRLOS. ¿Para dónde?

CLARA. Para el castillo de tu madre.

CÁRLOS. ¿Quién te ha dicho que estaba allí?

CLARA. Lo presumia, porque es la época en que vas siempre; no me regañes; nadie me habria visto; te hubiera dicho donde estaba, y despues de abrazarte me hubiese vuelto. Pero vamos: cuenta.

CÁRLOS. Me prometes tener juicio?..

CLARA. De qué se trata?

CÁRLOS. Acabamos de perder la mayor parte de nuestra fortuna, y me veo obligado á abandonar la Francia.

CLARA. Y á donde vás?

CÁRLOS. A América.

CLARA. Solo?

CÁRLOS. Solo.

CLARA. ¡Oh! no ; yo parto tambien: qué me importa dejar la Francia?

CÁRLOS. Desgraciadamente no sé en qué punto de América me estableceré. Voy á viajar mucho para recoger los últimos restos de nuestra fortuna, como lo he hecho aqui y en Inglaterra, de seis semanas á esta parte; porque has de saber que te engañabas; no he pasado los últimos meses en casa de mi madre.

CLARA. Como me lo dijiste al marchar...

CÁRLOS. Por no asustarte. No estaba seguro en aquel momento del desastre que despues se ha confirmado. Si, lo que puede ocurrir, en lugar de perder las tres cuartas partes de nuestros intereses, nosarruinamos por completo, voy á verme en la precision de trabajar.

CLARA. Doble razon para que te acompañe. Yo tambien trabajaré. Cuanto mas desgraciado seas, mas necesidad tendrás de ver á tu lado una persona que te quiera, te anime y te consuele. ¿Dónde encontrarás un corazon que te ame y te comprenda mejor que el mio? Una y mil veces bendigo esa calamidad que asi impide nuestra separacion.

CÁRLOS. No puedo admitir semejante sacrificio; ¿qué seria de ese niño lejos de tí?

CLARA. Le llevaremos.

CÁRLOS. Un niño de tres años que acaba de salir de una enfermedad y á quien ese viaje podria ocasionar la muerte!.. No; sé prudente; hay ciertos acontecimientos que es necesario aceptar con todas sus consecuencias. Yo no puedo rehusar á mis padres lo que me piden; se trata de una separacion de diez y ocho meses, ó dos años á lo más.

CLARA. Y eso te parece poco? ¡Dios mio! ¡Dios mio! yo que estaba hoy tan contenta!

CÁRLOS. Vamos, Clara; fuera lágimas.

CLARA. Nada cuesta decir eso á tí que no me amas.

Porque, es cierto, bien decia Arístides, no me amas.

CÁRLOS. Luego hablábais de mí con él?

CLARA. ¿No lo sabe todo?

CÁRLOS. Os he suplicado, señora, que hableis de mí lo menos posible. Yo tengo que guardar consideraciones á mi familia...

CLARA. ¡A tu familia! (*Se levanta.*) Siempre me la echas en cara. ¿Pues qué, tu hijo no es tambien de tu familia? Y aun cuando supieran que tienes un hijo y que le amas, ¿dónde estaria el mal? ¿Cabe mayor resignacion que la mia? Y sin embargo, cada vez que nos vemos, de algun tiempo á esta parte, siempre tienes un disgusto que darme. ¡Cómo! Al cabo de tanto tiempo de ausencia, sin saber de tí, mi hijo enfermo, yo inquieta, vuelves á decirme que te vas, que no te veré hasta dentro de dos años, y en vez de consolarme, me reprendes y haces aun mas amarga nuestra última entrevista! Si no pienso mas que en tí, ¿es culpa mia? casi nunca te veo, y cuando por casualidad encuentro al único amigo que tengo, cuando le hablo de tí y me dice que no me amas, le respondo que se equivoca.

CÁRLOS. He obrado mal, lo confieso. (*Se levanta y la abraza.*) Yo mismo he querido ocultar el sentimiento que esta separacion me causa bajo una apariencia de mal humor. No he pensado en lo que te he dicho. Perdóname; bien sabes que te amo.

CLARA. De veras?

CÁRLOS. De veras.

CLARA. Ya ves: con una palabra como esa, me tranquilizas; con esa palabra harias de mí lo que quisieras... Pero pensarás en nosotros, ¿no es cierto?

CÁRLOS. ¿Puedes dudarlo?

CLARA. No dejarás de escribirme todos los meses; yo lo haré diariamente; ¿quieres?

CÁRLOS. Sí.

CLARA. El niño en tanto crecerá; ¿me permites que le hable de tí y que le acostumbre á amarte?... porque no te conoce; te llama su amigo, sin

saber que eres su padre. ¡Pobre criatura! Dos años sin verte!... Oh!... si te fueses para no volver jamás!...

CÁRLOS. Seis semanas hace que me ausenté y me dijiste lo mismo. Ya ves que he vuelto.

CLARA. Es que entonces no tenia que esperar mas que seis semanas; pero ahora... dos años!... Oh! Considera, Cárlos, que dos años son para el que ama una eternidad.

CÁRLOS. ¡Valor!

CLARA. Lo tendré: pero prométeme al menos que si de aquí á entonces tus negocios se arreglan, y te estableces en aquel país, nos llamarás á tu lado. En todo caso iremos á buscarte cuando vuelvas, si no nos hemos podido reunir antes.

CÁRLOS. Eso es.

CLARA. Y entonces no nos separaremos mas, suceda lo que quiera.

CÁRLOS. Te lo prometo.

CLARA. ¿Cuándo te vas?

CÁRLOS. Mañana.

CLARA. Y hoy que es el último dia, no lo pasaremos juntos?

CÁRLOS. Imposible. Hace una hora que estoy en París y tengo muchas cosas que hacer.

CLARA. Pero siquiera comerás conmigo.

CÁRLOS. Tampoco: me están esperando.

CLARA. Y yo que pensaba... (*Enjugándose las lágrimas y tendiéndole la mano con resolucion.*) Bien: adios. Ya ves que mis lábios son los primeros en pronunciar la palabra *separacion*. Mira si soy obediente... (*Deja caer la cabeza sobre el hombro de Cárlos.*) Oh! ¿Qué se han hecho nuestros felices tiempos? ¿Cuándo volverán? No has sido desgraciado conmigo ¿no es verdad? Cuídate mucho; no te espongas; acuérdate de que hay dos séres que moririan, si tú les faltases. Pero veo lágrimas en tus ojos! Qué bueno eres! Llora, querido Cárlos: no te hagas el valiente conmigo. ¡Es tan bueno llorar en ciertos momentos!... ¿sabes lo que podrias hacer, si me quisieras mucho? Me dejarias acompañarte hasta el Havre; me cubriria con un

velo muy tupido y nadie me conocería: ¿quieres?

CÁRLOS. Para qué? Si al fin y al cabo tendríamos que separarnos. Ea, querida, hablemos de cosas sérias. No conviene que te quedes en París; nada tienes que hacer aquí; el aire del campo será mas provechoso para el niño y para tí misma. Allí vivirás durante mi ausencia.

CLARA. ¿Pero, hombre, no conoces que no podré trabajar en el campo?

CÁRLOS. No: no quiero que te ocupes mas que en los cuidados domésticos. He dividido en dos partes el resto de mi capital, una para tí, otra para mí; te doy la menor; ya ves que no me perjudico. (*Se sienta y saca una cartera.*)

CLARA. No comprendo...

CÁRLOS. Toma estos papeles.

CLARA. ¡Cómo!

CÁRLOS. Los leerás despues que haya partido.

CLARA. No; quiero leerlos en seguida. Un título al portador! Una renta de dos mil francos! Dinero! Oh! Cárlos; tú me abandonas; amas á otra!... (*Deja los papeles sobre el velador.*)

CÁRLOS. Estás loca! (*Levantándose.*) Te traigo esta suma, porque ya es tiempo de que me ocupe del porvenir de nuestro hijo, puesto que tú tan noblemente te has encargado hasta hoy del pasado. Yo puedo arruinarme, puedo morir, y qué, ¿no puedes tú faltar tambien? Es necesario preverlo todo; ¿quieres, por ventura, dejar abandonado tu hijo á la caridad pública? No: toma esta renta; no es la limosna de un amante que indemniza; es el depósito de un padre previsor. Ahora bien, cerca de esa quinta en que hemos pasado dos meses (y de que ahora poco me hablabas), habia una casita con un gran jardin donde entonces anhelabas pasar la vida: la he comprado: tuya es; allí habitarás durante nuestra separacion; (*Movimiento de Clara.*) allí recibirás mis cartas; allí regresaré á tu lado y viviremos juntos. Luego que haya recuperado mi fortuna y la de mi familia, nada la deberé y entonces...

CLARA. (*Con alegría.*) ¡Cárlos mio!

CÁRLOS. Ya ves que pienso en tí; que te amo como siempre. (*Cogiendo los papeles y dándoselos.*) Prométeme ser prudente, no llorar, y marchar mañana mismo á esa casa; lo deseo; lo exijo.

CLARA. Haré cuanto quieras. (*Tomándolos maquinalmente.*)

CÁRLOS. Los títulos de propiedad de esa casa están con los demas papeles que te he entregado. Con que estamos conformes, eh?

CLARA. Sí, bien; pero si el dinero que llevas es insuficiente, si te encuentras apurado, prométeme que me querrás bastante para dirijirte á mí; porque este dinero, esa casa, todo es tuyo, y me parece que, en una circunstancia crítica, esta cantidad labraria tu dicha. No ignoras que mi vida tambien es tuya, ¿no es así? (*Echándole los brazos al cuello.*)

CÁRLOS. Lo sé, hija mia.

CLARA. Te incomodo; estás deprisa, te aguardan. (*Separándose.*) Ea; tengamos resignacion; ven á dar un beso á tu hijo, y adios. (*Movimiento de Cárlos.*) No puedes irte sin dárselo. (*Cárlos se dirige rápidamente hácia la puerta de la izquierda, la abre y desaparece por un instante.*)

CLARA. (*Sola.*) Cielos! ¡Qué va ser de mí! (*Se apoya sobre el escritorio y deja los papeles.*)

CÁRLOS. (*Vuelve conmovido y abraza á Clara.*) ¡Adios!

CLARA. Adios! (*Cárlos toma el sombrero y se aleja: ella le llama.*) Oye: no dejarás de escribirme cuando llegues al Havre? ¡Cárlos! ¡Cárlos!... oh!.. vete, vete!

CÁRLOS. (*La abraza por última vez y sale diciendo.*) Hasta bien pronto. (*Clara corre á la puerta de la derecha, despues hácia la la ventana, se asoma y cae llorando sobre una silla.*)

ESCENA XII.

CLARA.—GERVASIA.—*Entrando con una cesta, que dejará en el aparador.*

GERVAS. He dispuesto una comida que ya! ya!,..

CLARA. Gracias, querida tia. No quiero comer.

Gervas. (*Bajando.*) Pues qué tienes?

Clara. Cárlos se marcha por dos años. Va á América: ya no le veré más.

ESCENA XIII.

Dichos.—Luciano.

Luciano. (*Entrando.*) Me habeis permitido, señora, que viniese á daros las buenas noches, y me he anticipado. ¿Estais llorando?

Clara. Sí. Me ha sucedido lo que no esperaba.

Luciano. Pues yo sí lo presumia y por eso he venido corriendo cuando he visto salir al señor Sternay.

Clara. ¿Sabeis por qué lloro y conoceis al señor Sternay?

Luciano. Varias veces le he encontrado; no ignoraba las relaciones que con él os ligaban. Lo que sucede hoy debia acontecer tarde ó temprano, y de algunos dias á esta parte sobre todo, cada vez que venia á veros temia encontraros en el estado en que os hallais.

Clara. ¿Luego sabeis lo que el señor Sternay ha venido á decirme?...

Luciano. Ha venido á deciros que iba á casarse.

Clara. (*Levántandose, y con esplosion.*) A casarse!

Luciano. (Lo ignoraba.)

Clara. Y yo que no habia adivinado!... (*Se quita precipitadamente el delantal y lo tira.*) Dame el chal y el sombrero. (*Vase Gervasia y vuelve presto con ambas prendas.*) Ah! Luciano, acabais de hacerme mucho mal sin querer; pero os lo agradezco. (*Se pone el chal y el sombrero y coje los papeles.*) En seguida vuelvo; ten mucho cuidado del niño. Si ha mentido, es un miserable. (*Vase precipitadamente.*)

FIN DEL PRÓLOGO.

ACTO PRIMERO.

Salon elegante.—Puerta en el fondo que da á un jardin. —Un piano.—Puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

HERMINIA.—*Despues* SANTIAGO.

SANTIAG. (*Dirigiéndose á Herminia, que está tocando el piano.*) ¿Qué haceis, señorita?

HERMIN. Lo que veis; como estaba sola, me he puesto á tocar el piano, por hacer algo.

SANTIAG. ¿Y vuestra tia?

HERMIN. Aquí estaba hace un instante, pero una carta que ha recibido, y á que tenia que contestar, la ha obligado á marcharse.

SANTIAG. Alguna mala noticia?

HERMIN. Creo que no... sin embargo, esa carta parecia incomodarla algun tanto.

SANTIAG. Plegue á Dios que nada malo la acontezca. Aprecio mucho á vuestra tia.

HERMIN. Hasta el punto de darme celos?

SANTIAG. Como querais.

HERMIN. (*Sin responder, se pone á tocar: Santiago la acompaña tarareando.*) Conoceis esto?

SANTIAG. Mucho.

HERMIN. Verdad que es muy lindo?

SANTIAG. Ciertamente; ademas no sé por qué, suscita en mí recuerdos de la infancia.

HERMIN. Hay efectivamente ciertos cantos que son para nosotros como la escala de los recuerdos, y con

cuyo auxilio nos ponemos gradualmente en contacto hasta con el pasado mas remoto. Por ejemplo, una romanza de no sé qué ópera que jamás recuerdo sin que me cause una verdadera emocion... Cuando esa romanza se me viene á la memoria, ó por casualidad la oigo, basta para retratar á mis ojos un cuadro completo. (*Cesa la música.*) Era la cancion favorita de mi abuela, no de la Marquesa, de la que llegará hoy, oh! esa nunca canta: me refiero á mi abuelita materna que murió hace diez años. Paréceme aun estarla viendo en el invierno al lado de una magnífica lumbre, con sus hermosos cabellos blancos arreglados con cierta coquetería, bajo su papalina adornada con anchas cintas de color claro. Todo en ella respiraba alegría. Yo me sentaba á sus piés en una banqueta; colocaba mi cabeza sobre sus rodillas y empezaba á dormirme arrullada por esa melodía que me cantaba á media voz. Durante un rato, la conversacion de las personas mayores, de mi papá, de mi mamá y de algunos amigos á quienes la noche reunia en nuestro hogar, zumbaba en mis oidos; luego, mi madre me tomaba en sus brazos y sentia que me dejaba en la cama; me daba un beso que yo la devolvia soñolienta, en seguida rezaba entre dientes una oracion y concluia por quedarme dormida. Y á vos, no os sucedia lo mismo?

SANTIAG. Sí... únicamente que, á lo que recuerdo, mi madre se hallaba siempre sola; cosia al lado de mi cama, arrullándome con una cancion dulce y melancólica, porque siempre estaba triste, y lo mismo que vos, pasaba de la vigilia al sueño entre dos besos. (*Herminia se levanta.*)

HERMIN. Pero estos recuerdos entristecen y valdria mas que hablásemos de otra cosa.

SANTIAG. Hablemos de lo que querais. (*Herminia toma la caja, la pone sobre el velador grande y se sienta frente á Santiago.*)

HERMIN. Y bien, ¿os acordais del dia en que por primera vez nos encontramos?

SANTIAG. Fué el seis de Mayo. Llevábais un vestido blan-

co con flores azules, un ancho sombrero de paja y en vuestro brazo izquierdo, arrollado un chal de muselina; con vuestra mano derecha, en la que llevábais un ramillete de flores campestres, recogíais la falda á fin de que no se mojase porque la yerba estaba empapada de rocío, tanto, que pude cerciorarme de que teníais un pié muy lindo. No fué así?

HERMIN. Perfectamente, continuad.

SANTIAG. Ibais con vuestra tia á beber leche á la granja próxima, y yo pasaba por allí. Os seguí, pero no tuve atrevimiento sin embargo para entrar.

HERMIN. Me esperásteis á la puerta.

SANTIAG. Sabíais que estaba allí?

HERMIN. Se ven tantas cosas sin volver la cabeza!...

SANTIAG. Cuando salísteis de la granja, estaba yo escondido detras de un zarzal en un recodo de la colina. Teníais que bajar una vereda muy estrecha y cuyos guijarros rodaban bajo vuestros piés, lo cual os daba miedo. Entonces me vísteis de nuevo y queriendo haceros la valiente, como sucede á toda muchacha ante el jóven mas indiferente para ella, os precipitásteis á riesgo de lastimaros. En aquella rápida carrera se os habia caido el ramo de botones de oro y margaritas que llevábais en la mano. Me lancé á cojerlo, le tomé y os le devolví, cuidando de guardarme una flor. Me dísteis las gracias, y me alejé volviendo muchas veces la cabeza.—Os amaba ya.

HERMIN. Y pensar que todo eso podia muy bien no haber sucedido!... Hubiera para ello bastado que me hubiese dirigido á la derecha en lugar de dirigirme á la izquierda: entonces no me hallaria próxima á casarme, porque estaba muy decidida á no tomar por esposo, sino á aquel á quien amase.

SANTIAG. Hubiéseis amado á otro?

HERMIN. Creo que no... Y vos, qué hubierais hecho?

SANTIAG. Yo? concluir mi viaje y volver al lado de mi madre, con lo cual estaria tal vez en camino de llegar á ser un grande hombre.

HERMIN. Nada menos?

SANTIAG. Oh! sí... Antes de conoceros, se habian apoderado de mí no sé qué locas ideas de gloria y de ambicion. Esta necesidad de amar que existia en mi naturaleza, y que he reconcentrado únicamente en vos, no habia antes encontrado aun en que fijarse, y era causa de que se desarrollase en mí una energía inconcebible para todas las cosas grandes, y que me conceptuase con fuerzas que en nadie creia posibles. Me sentia impaciente por demostrar á los ojos del mundo que era todo un hombre: tal como me veis, soy un sábio hecho y derecho; he escrito libros sobre graves materias; he estudiado cuestiones políticas, históricas y económicas; hasta me he atrevido á hacer versos, por supuesto detestables, que os leeré y quemaremos despues. (*Se levanta.*) No por eso estaba menos convencido de que solo se necesitaba una chispa para engendrar en mí un Newton, un Chenier, ó un Mirabeau. ¡Noble y respetable orgullo de la juventud, en qué viniste á parar!... Una mañana de primavera, un cielo azulado, un sol resplandeciente, una jóven cruzando por el mismo camino que yo, bastaron para que todas mis aspiraciones á la fama marchasen á confundirse con las nubes del cielo y los perfumes de la campiña. Entonces me apercibí de que era un niño, y de que la gloria solo es el consuelo de los que no aman; así es que al presente toda mi ciencia consiste en saber que me amais, todo mi talento en probaros que os amo.

HERMIN. ¿Y qué pensará vuestra madre de ese cambio? (*Se levanta.*)

SANTIAG. Mi madre lo aprobará, puesto que siempre me hacia el elogio de la oscuridad, de la dicha interior y desconocida.

HERMIN. Me parece que he de quererla mucho.

SANTIAG. En lo cual hareis bien, porque ella de seguro os corresponderá.

HERMIN. ¿Qué edad tiene?

SANTIAG. Es aun muy jóven... parece mas bien que madre, hermana mia.

HERMIN. ¿No ha de venir á reunirse con vos?

SANTIAG. La espero de un dia á otro: trataba de ir á buscarla, cuando me ha escrito que preferia venir á encontrarme. Pero decidme, ¿y la Marquesa?

HERMIN. Mi abuela, la que debe llegar hoy?

SANTIAG. (*Sonriéndose.*) Me asusta: dicen que es muy rara.

HERMIN. Siempre está de mal humor. La Marquesa es mujer tan absoluta que no admite que nadie sino ella sea capaz de tener una idea buena, que cree ser sola en el mundo, y está prevenida contra cualquiera antes de conocerle, sin saber por qué, por costumbre.

SANTIAG. Eso es atroz.

HERMIN. No... no hay como ser mas terca que ella.

SANTIAG. Es decir que sois terca.

HERMIN. Oh! cuando creo tener razon. Con que ya lo sabeis: no hagais caso de los modales que con vos gaste, pues lo hace con todo el mundo.

SANTIAG. Pero ¿por qué vuestro tio, que es tambien vuestro tutor, no viene aquí al propio tiempo que la Marquesa?

HERMIN. Está dando su paseo electoral.

SANTIAG. Aspira á la diputacion?

HERMIN. Por ahora no; mas adelante. Entre tanto tiene candidatos á quienes protege, y esto le divierte mas que ocuparse de mí; ademas, está algo frio con su madre, porque esta hace temblar á toda la familia, escepto al Marqués y á mí.

SANTIAG. ¡Qué bellísimo sujeto es el Marqués!

HERMIN. Adora en vos... ¡Cuán bien he hecho en escribirle que viniese!... es nuestro mas firme apoyo, así como mi tia, que me quiere mucho, pero que no tiene derecho alguno sobre mí, y no se atreve á contar á mi abuela todo lo que el Marqués la dice.

ESCENA II.

Dichos.—ENRIQUETA.

ENRIQ. *(Entrando.)* Buenos dias, señor de Boisceny.

SANTIAG. Buenos dias, señora.

ENRIQ. *(A Herminia.)* La Marquesa acaba de llegar y pregunta por tí.

HERMIN. Voy en seguida: oh! no hay que hacerla esperar.

ENRIQ. Está en el pabellon. *(Vase Herminia.)*

SANTIAG. ¿Será verdad, señora, que habeis recibido una mala noticia?

ENRIQ. Segun se mire.

SANTIAG. No dijísteis el otro dia que podia prestaros un servicio? ¿Ha llegado ya la ocasion?

ENRIQ. Tal vez. La casualidad os ha hecho confidente de un secreto...

SANTIAG. Que he olvidado.

ENRIQ. Sé hasta qué punto puede contarse con vuestra discrecion y lealtad. Así es, que en seguida os he tendido la mano como á un antiguo amigo, aunque á nadie pueda decir cómo os conocí. Ahora sed franco. El dia en que nos encontrásteis á Herminia y á mí, sabíais quiénes éramos?

SANTIAG. No, señora.

ENRIQ. Entonces ignorábais que vuestro compañero de viaje nos conocia, ó mas bien, que me conocia, porque jamás habia hablado á Herminia, quien ni siquiera sabe su nombre y que por su parte está persuadida de que únicamente la casualidad os trajo aquí.

SANTIAG. Oid la historia.—El señor de Nervaux, persona de alguna mas edad que yo, es vecino de mi madre, quien, segun os he dicho, tiene una posesion en las inmediaciones de Chateauroux. Visitábamos frecuentemente á nuestro vecino, en ocasion en que se preparaba á hacer un viaje á Normandia donde tiene, segun dijo, algunas alquerías, y me invitó á que le acompañase. Mi madre quiso que tratara de distraerme un poco,

porque habia trabajado mucho por espacio de algunos meses, y partimos. Un dia, en que tuvo que permanecer en el Havre por razon de sus negocios, vine solo á pasearme al camino de Ingouville, donde os encontré con Herminia. Por la tarde referí al señor de Nervaux mi encuentro, y la impresion que me causara. Me habia informado de vuestro nombre, y cuando se le cité, me ofreció presentarme á vos, á condicion de que á nadie diria por quién, ni cómo lo habia sido. Al dia siguienteme llevó á una casita que posee á una legua de aquí, y de la que nunca me habia hablado. Os encontramos—casualmente—en el camino, y me presentó. Desde aquel dia tuvísteis la bondad de acogerme como si hiciera largo tiempo que me conocíais; os confesé que amaba á Herminia, me autorizásteis á decírselo delante de vos, y por la vez primera acabo ahora de hacerlo sin que estuviéseis presente. Hé aquí todo lo que sé, debiendo únicamente añadir que estoy dispuesto á hacer por vos todo cuanto me ordeneis.

ENRIQ. Lo creo; y así...

SANTIAG. ¿Qué debo hacer?

ENRIQ. Ir á esa casa de que há poco me hablábais, y entregar al señor de Nervaux, que en ella aguarda, estas cartas, trayendo otras que os estregará. (*Le dá un medallon y un paquete de cartas.*)

SANTIAG. Pronto volveré.

ENRIQ. (*Estrechándole la mano.*) Gracias, amigo mio.

ESCENA III.

Dichos.—EL MARQUÉS.

MARQ. (*Al entrar.*) ¿Os vais, señor de Boisceny?

SANTIAG. Sí, señor marqués, pero por poco tiempo.

MARQ. Andad, andad; mi hermana ha llegado, y no quiero deteneros: vale mas que seamos nosotros, que ya estamos acostumbrados, los que recibamos la primera descarga. Estad tranquilo; vamos á ocuparnos de vuestros negocios. (*Salu-*

da Santiago y váse.) Guapo muchacho!... me gusta sobremanera! donde le conocísteis?... Oh! mirad cómo viene mi hermana! se dá un aire á Luis XIV en sus jardines de Versailles. Y lo toma por lo serio!... parece que va ella misma á presentarse las armas!... Cuánto debe divertirse Herminia! Ya sabe Sternay lo que se hace; nunca viene por aquí cuando está su madre.

ENRIQ. Nunca.

MARQ. A ese por lo menos no le gustan las desazones ni las disputas. Egoiston! por otra parte, lo acierta, puesto que así vive feliz.

ENRIQ. La Marquesa le ha enviado á decir que no queria volver á verle.

MARQ. ¿Desde que se ha asociado á la casa Renaud?

ENRIQ. Si.

MARQ. ¡Soberbio!

ENRIQ. ¿Será menester que vaya á recibirla?

MARQ. No os incomodeis; ademas ya est aquí. (*La Marquesa entra con Herminia.*)

ESCENA IV.

ENRIQUETA.—EL MARQUES.—LA MARQUESA.—HERMINIA.

MARQ.ª (*Sentándose á la izquierda.*) Ah! ¿por fin habeis parecido, hermano mio? Creí que no estábais en casa, puesto que no habeis tenido á bien presentaros; ya se vé, como el tiempo está húmedo, habreis temido mojaros los piés.

MARQ. Precisamente.

MARQ.ª Sin embargo, yo, á pesar de mi reumatismo, no vacilo en incomodarme: verdad es que eso vá en genios. Os doy noticias de mi salud, aunque no me las pedís; pero supongo que ibais á hacerlo... (*A Herminia.*) ¿Decis que ese caballero se llama...?

HERMIN. ¿Qué caballero, abuelita?

MARQ.ª Ese con quien parece os quereis casar todos aquí.

MARQ. (Mal empieza esto!) (*Se sienta al lado del velador grande y coje un periódico.*)

HERMIN. Nadie, sino yo, quiere casarse con él, y os aseguro que no se trata para esto de forzar mi voluntad.

MARQ.ª (*Vivamente.*) Y le llamais?...

HERMIN. ¿Qué decis, abuelita?

MARQ.ª Digo, que cómo le llamais?...

HERMIN. El señor de Boisceny.

MARQ.ª De Boisceny!... ¿Conoceis ese apellido, hermano mio?

MARQ. Sí; es un jóven moreno... de regular estatura...

MARQ.ª No os pregunto el color de su tez, ni cuántos piés tiene... pregunto si conoceis alguna familia que lleve el apellido de Boisceny.

MARQ. Ya comprendereis que no puedo conocer á todas las familias de Francia.

MARQ.ª A mí me son bien conocidas, al menos las que merecen la pena de serlo, y no recuerdo ninguna del apellido de Boisceny. Verdad es que en otro tiempo hubo un Boisrény, que solo tuvo una hija, la cual casó con el señor de Beautran, caballerizo mayor de Cárlos X, y cuya madre era dama de honor de la Delfina... pero no es lo mismo.

MARQ. Sin duda alguna.

MARQ.ª Eso datará probablemente del imperio; el padre ganaria alguna batalla!

MARQ. ¡Nada mas que eso!

MARQ.ª En qué estábamos?

HERMIN. El señor de Boisceny me ama y quiere casarse conmigo.

MARQ.ª Y vos?

HERMIN. Yo tambien.

MARQ.ª Perfectamente. ¿Con que quiere decir, que solo falta mi consentimiento?

HERMIN. Eso es, abuelita.

MARQ.ª ¿De dónde conoceis al señor de Boisceny?

HERMIN. De un encuentro que con él tuvimos.

MARQ.ª ¿En sociedad?

HERMIN. No.

MARQ.ª ¿Dónde pues?

HERMIN. En el camino.

MARQ.ª ¿Qué camino?

HERMIN. La senda que háy allá abajo: si os quereis in-

corporar un poco, desde aquí podeis verla.

MARQ.ª Con quién iba?

HERMIN. Solo.

MARQ.ª ¿Quién os le presentó?

HERMIN. El mismo.

MARQ.ª ¿Y cómo le recibió vuestra tia?

HERMIN. Muy bien.

MARQ.ª ¿Hermano?

MARQ. ¿Querida hermana?... *(Herminia pasa á la izquierda para hablar con Enriqueta.)*

MARQ.ª ¿Ois esto?

MARQ. Perfectamente.

MARQ.ª ¿Y qué decis?

MARQ. Ya lo veis, nada.

MARQ.ª ¿Os parece eso natural?

MARQ. Claro que sí... Un camino en el campo... un caballero que va por ese camino al mismo tiempo que otras personas vienen... son cosas que suceden todos los dias.

MARQ.ª Entonces os parecerá tambien natural que se prometa la mano de una jóven á un hombre á quien se encuentra en un camino, y digo *un hombre*, porque un individuo que pasa por un camino y á quien no se conoce, no es un caballero, sino un hombre.

MARQ. En primer lugar no se ha prometido la mano de Herminia al señor de Boisceny: únicamente se le ha autorizado para que os la pidiese cuando viniérais, como lo haceis todos los años, á pasar aquí algunos dias: por otra parte, considero mas natural que se prometa una jóven á un caballero encontrado en un camino, cuando se conoce en seguida que el susodicho caballero es una persona apreciable, digna y que agrada á la jóven, que á otro caballero á quien nunca se haya visto, como sucede diariamente.

MARQ.ª No sabeis lo que os decis.

MARQ. Entonces no me pidais parecer. *(Se levanta.)*

ENRIQ. Si tratáseis al señor de Boisceny...

MARQ.ª Precisamente de lo que me quejo es de no haberle tratado. *(Herminia se acerca al Marqués y se apoya en su hombro.)*

ENRIQ. Quiero decir que si le hubiéseis visto alguna

vez, le juzgaríais como nosotros: cierto es que la casualidad nos ha hecho conocerle, pero bien pronto he podido apreciar en el señor de Boisceny una grande elevacion de ideas y de carácter. No hallo, pues, nada de estraordinario en que se trate de casar á una jóven, segun su inclinacion y el bien parecer. Ningun mal hay en que se realice un matrimonio de esta especie, aunque no sea mas que para servir de escusa á otros que se contraen... La casualidad sabe muchas veces lo que se hace, mejor que nosotros mismos.

MARQ. Así es efectivamente.

MARQ.ª ¿Y vos, Herminia, qué pensais de esto?

HERMIN. Yo?... soy de la opinion de mi tia.

MARQ.ª Entonces yo chocheo... (*Atraviesa la escena, y pasa á sentarse en el canapé.*) ¿Y mi señor hijo es del mismo parecer que vosotros?

ENRIQ. He escrito á mi marido sobre este particular, y su respuesta ha sido que seguiria vuestro dictámen. (*Durante el siguiente diálogo, Enriqueta y Herminia se pasean por la galería.*)

MARQ.ª Fortuna ha sido. ¿Y en qué se ocupa ahora ese señor hijo mio? ¿Sigue haciendo el tendero? ¿Qué despacha? ¿Azúcares y cacaos?

MARQ. Construye, ó mas bien hace construir, porque por sí solo no le seria posible, lanchas, lanchones muy cómodos para caminar por agua; y está en ganancias.

MARQ.ª Qué cosa tan agradable para mí es tener un hijo que hace *lanchas*!

MARQ. Su padre hacia muy buenas casas.

MARQ.ª Mi marido no hacia nada.

MARQ. Vamos, mi querida hermana, menester seria, sin embargo, que nos esplicásemos de una vez para siempre. Erais la señorita de Orgebac; descendemos ambos de los que habian llevado este nombre, y nos vanagloriamos, por lo menos vos, de tener sangre real en las venas, toda vez que el gran rey Enrique IV tuvo, segun parece, no sé qué trapicheos con una de nuestras ascendientes. Curioso es, sea dicho de paso, que el desliz de una mujer constituya en una fami-

lia título de nobleza para sus descendientes; pero puesto que así se han arreglado las cosas, pasemos por ello. Estirando la cuerda un poco, acaso tuviéramos derechos á la corona de Francia: pero me parece inútil reclamarlos.

MARQ.ª Seguid, seguid; para qué os habeis de detener....

MARQ. Decia, pues, que mientras la revolucion, durante el tiempo del destierro y de la miseria, transijísteis con vuestra nobleza, tomando por esposo al señor Sternay, destajista...

MARQ.ª Arquitecto.

MARQ. Sea; arquitecto, padre de vuestros dos hijos, de los cuales el uno se ocupa en la construccion de lanchas, habiendo el otro muerto de General de division, cosa muy honrosa. Este era el padre de Herminia, y debo decir que quien le conoció, encuentra su firmeza de carácter en su hija.

MARQ.ª Lindo regalo la hizo con eso!

MARQ. Llegado el imperio, pusísteis en vuestras targetas y en vuestra firma, «la señora de Sternay de Orgebac:» muerto vuestro marido, os pusísteis únicamente «marquesa de Orgebac,» y habeis acabado por creer que vuestros hijos eran de la primera nobleza de Francia. Padeceis un error, querida hermana, ó mas bien que un error, una ridiculez, que se os dispensa porque sois vieja y porque todo lo ridículo se dispensa en Francia; pero cuando estamos en familia y se trata de la nobleza de un pretendiente á la mano de Herminia, no debeis mostraros muy exigente, puesto que perteneceis á la clase media, y á ella pertenecen y nada mas que á ella nuestros hijos, de lo cual no se avergüenzan. Yo soy el verdaderamente noble; nadie mas que yo tiene derecho á llevar el título y apellido de Orgebac, el que ciertamente de nada me serviria, si no hubiese tenido la feliz ocurrencia de crearme una fortuna en las Indias; y como no tengo hijos, el ilustre apellido de Orgebac, famoso por los caprichos de nuestra abuela, Cristina Angélica, Condesa de Orgebac, señora de

Parvilliers y de otros lugares, va á extinguirse definitivamente, el dia en que tenga á bien morirme; porque los nobles como yo, solo se mueren cuando les place. Creedme, hermana mia, probemos nuestra buena cuna, por cualidades y no por exageraciones de nobleza; no echeis en cara á vuestro hijo el haberse dedicado á una industria honrosa; otros defectos tiene mas dignos de crítica; y sobre todo, no regateemos demasiado con el señor de Boisceny sobre la antigüedad de su apellido. Lo que importa es que sea un hombre honrado, que ame á Herminia y que esta le corresponda. El hombre es quien hace al título, que no el título al hombre... Despues de esto, tomo asiento, porque nunca he hablado tanto de seguido, ni aun en la cámara de los pares, á la que pertenezco, hermana mia, y de la que no formais parte: ¡qué vergüenza! (*Se sienta.*)

ESCENA V.

Dichos.—Un Criado.

Criado. (*Entrando.*) Ahí está un caballero que solicita hablar á la señora Marquesa.

Marq.ª ¿Cómo se llama ese caballero?

Criado. Aqui está su targeta. (*Se la dá.*)

Marq.ª (*Leyendo.*) «Arístides Fressard, notario en Chateauroux.» ¿Qué me quiere ese hombre?

Criado. Ese caballero dice que es el notario del señor de Boisceny.

Marq.ª Que entre. (*Váse el Criado.*) Probablemente vamos á tener mas pormenores.

ESCENA VI.

El Marqués.—La Marquesa.—Enriqueta.—Arístides.—Herminia.

Arístid. (*En el foro.*) La señora Marquesa de Orgebac?

Marqª. Yo soy; qué se ofrece?

ARÍSTID. A vos sola, señora, es á quien deseo participar la comunicacion de que estoy encargado.
ENRIQ. Nos retiramos, caballero.
MARQ. (Un incidente, un misterio. Mi hermana debe estar en sus glorias.) (*Se levanta, saluda á Arístides y váse por el foro izquierda.*)
ENRIQ. (*A Herminia que mira á Arístides.*) No tengas cuidado, hija mia.
HERMIN. Ya sabeis, tia, que soy poco miedosa. (*Vanse por la derecha.*)

ESCENA VII.

MARQUESA.—ARÍSTIDES.

MARQ.ª Ya os escucho.
ARÍSTID. ¿Es á mí á quien hace el honor de hablar la señora Marquesa?
MARQ.ª (*Con aspereza.*) Sí, señor.
ARÍSTID. La señora Marquesa está, sin duda, de mal humor.
MARQ.ª Con efecto; ¿y qué?
ARÍSTID. Que la señora Marquesa me habla en un tono, que no está, á lo que creo, en sus hábitos de señora de buena sociedad, cuando vé por primera vez á una persona que no tiene el honor de ser conocido de ella, y que se ha presentado de una manera conveniente.
MARQ.ª Dispensad, caballero.
ARÍSTID. Os dispenso. Ademas, mi profesion de notario y mi calidad accidental de embajador me vedan toda exageracion de susceptibilidad. Es pues únicamente una observacion que me he permitido hacer.
MARQ.ª Os escucho; tened la bondad de sentaros.
ARÍSTID. Os prevengo que seré conciso; es lo mejor que tiene la especie de mision que debo desempeñar. El señor de Boisceny ama á vuestra nieta, y aguarda para pediros su mano la llegada de su madre y de algunos papeles que justifican su fortuna y su posicion social.. ¿No es este el estado de los negocios?

MARQ.ª Justamente.
ARÍSTID. Aquí es donde empiezan las dificultades.
MARQ.ª ¿Es decir que las hay?
ARÍSTID. ¿Las habiais previsto?
MARQ.ª Por lo menos las sospechaba.
ARÍSTID. La sola idea de que se realicen vuestras sospechas parece recrearos...
MARQ.ª ¿Deciais...
ARÍSTID. Decia que el señor de Boisceny no se llama Boisceny.
MARQ.ª Bien sabia yo que no habia familia de ese apellido; ese, sin duda, será el nombre de alguna heredad.
ARÍSTID. Sí, señora.
MARQ.ª Es entonces un sobrenombre.
ARÍSTID. Ademas no es hijo de una viuda, segun su madre se lo ha dicho... Es hijo, no reconocido, de una costurera no casada y que se llama Clara Vignot.
MARQ.ª No es posible.
ARÍSTID. Es la pura verdad.
MARQ.ª *(Sonriendo.)* Eso es altamente cómico.
ARÍSTID. ¿Os lo parece así, señora? Ved ahora cómo no habeis acertado en recibirme mal.
MARQ.ª Os doy las gracias, caballero, por haber venido á traerme esos datos: ¿es decir que conoceis particularmente al señor de Boisceny?
ARÍSTID. Soy su notario y su padrino.
MARQª. ¿Y es él mismo, quien, no atreviéndose á hacer esa revelacion, os ha encargado que la hagais en su lugar?
ARÍSTID. No, señora Marquesa; Santiago ignora el paso que doy, como tambien los detalles que acabo de suministraros.
MARQ.ª Apenas parece creible.
ARÍSTID. Os lo aseguro.
MARQ.ª Miradlo bien.
ARÍSTID. Palabra de honor.
MARQ.ª Y en cuanto á su fortuna?
ARÍSTID. Esa es efectiva.
MARQ.ª Unicamente por curiosidad os hago esta pregunta, pues no trato de averiguar de dónde procede.

ARÍSTID. De un origen muy honroso.

MARQ.ª No lo dudo, caballero... Es eso cuanto teniais que decirme?

ARÍSTID. Oh! no señora: aun no he concluido.

MARQ.ª Tanto mejor.

ARÍSTID. Esto os divierte, señora Marquesa?

MARQ.ª Me interesa al menos.

ARÍSTID. Pues aun no sabeis lo mas interesante.

MARQ.ª Será posible?

ARÍSTID. Vais á verlo... Permitidme que proceda con método: traigo mi programa como embajador; tendreis á bien dejarme que lo consulte? *(Saca un papelito del bolsillo, y le echa una ojeada.)* Como notario, soy muy metódico. En este punto debo preguntaros, despues de lo que acabais de oir, ¿si consentís en el matrimonio de la señorita Herminia con el señor de Boisceny, ó mas bien con el señor Vignot, puesto que este es su verdadero apellido?

MARQ.ª No, caballero, no consiento.

ARÍSTID. ¿Ese nombre de Vignot nada os recuerda, señora Marquesa?

MARQ.ª Absolutamente nada.

ARÍSTID. Pues bien, vais á ver que la casualidad se ha divertido en hacer una cosa muy peregrina. El señor Vignot es primo de la señorita de Sternay, porque es nieto vuestro.

MARQ.ª ¡Nieto mio, y primo de Herminia!

ARÍSTID. Sí, señora. ¿La señorita Herminia no debe el ser á uno de vuestros hijos, hoy difunto, igualmente que su esposa?

MARQ.ª Sí.

ARÍSTID. Pues el señor de Boisceny es hijo del otro que vive; del señor Sternay y de Clara Vignot, que trabajó en vuestra casa, y á la que sedujo vuestro señor hijo.

MARQ.ª ¡Cómo! ¿aquella muchacha que estuvo en mi casa hace veintitres ó veinticuatro años, y que dió no sé qué escándalo en la época del matrimonio de mi hijo, so pretesto de que tenia un niño?

ARÍSTID. No podreis menos de confesar que el pretesto no era del todo malo.

MARQ.ª Detestable, caballero; ese niño no era del señor Sternay.

ARÍSTID. No toquemos ese punto, señora; es inútil: el señor de Boisceny pertenece á vuestra familia.

MARQ.ª Entre las personas de rango solo hay familia, cuando existe alianza.

ARÍSTID. Debo todavía preguntaros si, sabiendo que el señor Vignot es nieto vuestro, insistís en rehusarle la mano de vuestra nieta?

MARQ.ª Siempre; y mientras la ley la tenga bajo mi guarda, exigiré en el hombre que con ella quiera casarse lo que mi madre exigió en mi marido, lo que la familia de mi nuera exigió en mi hijo: una posicion social, un nombre legítimo, un pasado intacto.

ARÍSTID. Dispensadme, señora, si insisto; pero no se trata de mí; es necesario que yo emplee todos los medios de conciliacion, antes de...

MARQ.ª Antes de qué?...

ARÍSTID. Antes de acudir á otros.

MARQ.ª A qué otros?

ARÍSTID. Esos son de la competencia de otras personas.

MARQ.ª ¿Querrán dar un escándalo?

ARÍSTID. No lo creo; la madre del señor Vignot ofrece, si consentis en el matrimonio, vivir de oculto, no volver á ver á su hijo: si la pidiérais su vida en garantia de esta promesa, no vacilaria en dárosla; os lo asegnro. ¿Decís tambien que no?

MARQ.ª Que no. (*Pasa á la derecha.*)

ARÍSTID. He concluido, señora, al menos con vos; debo deciros que ni por un instante habia dudado de vuestra respuesta. (*Se levanta.*)

MARQ.ª Sois hombre de ley, caballero; estoy en mi derecho, ¿sí, ó no?

ARÍSTID. Estais enteramente en él; y suceda lo que quiera, nada tendreis que echaros en cara, lo mismo que yo.

MARQ.ª ¿Y qué sucederá?

ARÍSTID. Segun todas las probabilidades, si el señor Vignot ama realmente á la señorita Herminia de Sternay, de lo cual estoy seguro, y si la señorita Herminia de Sternay ama realmente al señor Vignot, lo que presumo, pues merece ser ama-

do, entonces se casarán; porque no es cosa de que por culpa de un individuo se impida á toda una generacion ser dichosa.

MARQ.ª ¿Y se casarán á pesar mio?

ARÍSTID. Á vuestro pesar, señora.

MARQ.ª ¿Por qué medio?

ARÍSTID. Por un medio que yo les indicaré.

MARQ.ª ¿Y que consiste...

ARÍSTID. Consiste... en una cosa muy sencilla... Hé aquí cuanto por hoy puedo deciros.

MARQ.ª Os confieso que tengo curiosidad de verlo.

ARÍSTID. No tiene aun muchos años la señora Marquesa para desconfiar de lograrlo.

MARQ.ª En el interin, tened la bondad de evitarme el trabajo de despedir al señor Vignot.

ARÍSTID. Está bien.

MARQ.ª ¿Hemos concluido á lo que parece?

ARÍSTID. Creo que sí.

MARQ.ª Tengo el honor de saludaros, caballero.

ARÍSTID. Tengo el honor de saludaros, señora. (*Vase la Marquesa.*)

ESCENA VIII.

SANTIAGO.—*Despues* ARÍSTIDES.

ARÍSTID. Pobre muchacho!

SANTIAG. (*Entrando.*) ¿Sois vos, padrino?

ARÍSTID. Sí, querido Santiago; estás bueno?

SANTIAG. Perfectamente; pero, cómo vos en esta casa?

ARÍSTID. He venido con tu madre.

SANTIAG. Está aquí?

ARÍSTID. No, nos espera en el Havre, en la fonda de Francia.

SANTIAG. Vamos corriendo á verla.

ARÍSTID. Aguarda un poco. Tienes valor?

SANTIAG. ¿Qué quereis decir?

ARÍSTID. Te pregunto, si te hallas, como debe hallarse todo hombre sensato, preparado á cualquiera de los acontecimientos de la vida.

SANTIAG. (*Vivamente.*) ¿Ha muerto mi madre?

ARÍSTID. No; y puesto que esa es la primera desgracia

en que has pensado, la que tengo que participarte es menor, sin duda.

SANTIAG. Entonces, hablad.

ARÍSTID. Te rehusan la mano de la señorita de Sternay.

SANTIAG. Por qué?...

ARÍSTID. Porque eres hijo natural.

SANTIAG. ¿Quién ha dicho eso?

ARÍSTID. (*Dándole un papel.*) Tu fé de bautismo; lee!

SANTIAG. (*Leyendo.*) «Un niño bautizado con el nombre de Santiago, nacido de Clara Vignot; de padre desconocido?...» Es esta mi fe de bautismo?

ARÍSTID. Sí.

SANTIAG. Es decir, que he mentido... ¿Qué habia, pues hecho mi madre para que mi padre no se casase con ella? Por qué me han ocultado la verdad? es preciso que yo lo sepa todo; ese padre desconocido para la ley, tendria un nombre.

ARÍSTID. Ciertamente.

SANTIAG. Vive?

ARÍSTID. Vive.

SANTIAG. Y se llama?

ARÍSTID. El señor Sternay.

SANTIAG. (*Cogiendo el sombrero y disponiéndose á salir.*) El tio de Herminia?

ARÍSTID. El tio de Herminia. A dónde vas?

SANTIAG. A casa de mi padre.

ARÍSTID. A qué?

SANTIAG. A verle, ya que hasta ahora no lo he logrado. *(Váse.)*

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

CLARA *sola, poniendo en órden varios papeles cerca de una mesa.*—ARÍSTIDES *entra.*

CLARA. Ah! Eres tú!

ARÍSTID, Sí, yo; creí que el maldito carruaje no llegaria nunca.

CLARA. ¿Qué noticias hay?

ARÍSTID. Malas.

CLARA. Oh! bien lo preví. Y la Marquesa?

ARÍSTID. Se ha portado como era de suponer. Nada hay que esperar por esa parte.

CLARA. Y la señora de Sternay?

ARÍSTID. Parece una buena mujer. Es cierto que, cuando la he visto, no sabia aun el objeto que me guiaba.

CLARA. La niña?

ARÍSTID. Creo que es lo mejor de la familia.

CLARA. Y Santiago?

ARÍSTID. Ya adivinarás el efecto que la nueva le ha producido, ¿no es verdad?

CLARA. Me ha maldecido?

ARÍSTID. Eh! Estás loca? Ha querido saber el nombre de su padre y nada mas.

CLARA. Y se lo has dicho?

ARÍSTID. No habia otro recurso.

CLARA. Entonces?...

ARÍSTID. Ha ido á verle.

CLARA. Y en este momento?...

ARÍSTID. Está en su casa.

CLARA. Qué va á pasar, Dios mio!

ARÍSTID. No sé.

CLARA. Haberle contenido. Santiago es bueno, pero ya sabes cuán violento...

ARÍSTID. ¿Acaso se contiene á un hombre arrastrado por una situacion como esa?... Todo lo que se puede hacer es tratar de dirigir esa situacion. Si me hubieses escuchado, hace mucho tiempo que se lo habrias dicho todo. En fin... he venido á ponerte al corriente de mi cometido, lo que he considerado mas urjente. Ahora voy corriendo á casa del señor Sternay á ver si averiguo algo, y vuelvo cuanto antes me sea posible.

CLARA. Oh, querido Arístides, qué bueno eres!

ARÍSTID. Una hora mas de paciencia, Clara.

ESCENA II.

Dichos.—SANTIAGO.

SANTIAG. Madre mia!

ARÍSTID. (Ya es tarde!)

CLARA. *(Echándose en brazos de Santiago.)* Santiago, hijo mio!

SANTIAG. (*Despues de haber tendido la mano á Arístides.*) Vengo de buscar al señor Sternay.

CLARA. Y bien?

SANTIAG. No estaba en casa. Le he dejado mi nombre, el nombre que llevaba hace dos horas, y las señas de mi habitacion, suplicándole me envie á decir cuándo podré verle. *(A Clara.)* Me alegro en el alma de no haberle hallado, porque así tendré tiempo para hablar contigo.

CLARA. (*A Arístides que sale.*) No te alejes; necesito verte muy pronto. *(Váse Arístides.)*

ESCENA III.

CLARA.—SANTIAGO.

SANTIAG. Vamos, madre mia; ¿vas á contármelo todo?
CLARA. Pregunta lo que quieras. (*Se sientan en el canapé.*)
SANTIAG. Necesito saber la verdad desnuda para poder esplicarme con el señor Sternay.
CLARA. ¿Qué le vas á decir?
SANTIAG. Eso dependerá de lo que ahora me refieras.
CLARA. Acuérdate de que es tu padre.
SANTIAG. Sí; como él se ha acordado de que yo era su hijo.
CLARA. Quizá no es tan culpable como parece.
SANTIAG. ¿Ya le defiendes?
CLARA. Es mi deber.
SANTIAG. Cuando ese hombre te abandonó sin tener ningun motivo para acusarte... porque no tenia ninguno... ¿no es cierto?
CLARA. Ninguno; te lo juro ante Dios; pero medita bien lo que vas á hacer.
SANTIAG. La cosa mas sencilla del mundo; quiero saber qué razon puede tener un padre para abandonar á su hijo, y voy á preguntárselo. Si la razon es poderosa, me convencerá.
CLARA. ¿Y si rehusa dártela?
SANTIAG. ¿Por qué?
CLARA. Porque puede negar que sea tu padre; porque no hay pruebas...
SANTIAG. Ante la ley no; pero ante nosotros...
CLARA. ¿Y de qué te servirá esa esplicacion?
SANTIAG. Para conocer la verdad.
CLARA. Yo te la voy á decir, porque mi única falta para contigo ha consistido en no habértela revelado antes. Creí poder ocultártela siempre, ó al menos hasta mi muerte. Te he separado de todas las carreras en que hubiera sido preciso confesar tu verdadera posicion: no tenia derecho para ello; lo conozco. Hoy, en vista del amor que profesas á la señorita Sternay, del rompimiento de

tu matrimonio, y de la pérdida de tus esperanzas, esa revelacion toma las proporciones de una desgracia irreparable; no lo es, sin embargo porque antes como ahora, yo soy digna de tí, y tú eres digno de ella, porque así como yo he sido siempre una buena madre, tú siempre serás un un buen hijo. Todo depende, pues, de la esplicacion que vas á tener con el señor Sternay, con tu padre. Ahora que las pasiones están sosegadas, que tú eres todo un hombre y yo una pobre mujer, comprendo muchas cosas que en otro tiempo no comprendia. Se amable y conciliador durante esa entrevista. Al ver lo que has llegado á ser, el señor Sternay se engreirá de tí; él solo puede reparar, sino material, al menos moralmente, la desgracia que te aqueja, puesto que es tutor de la señorita Herminia y que sobre todo, con tal que te cases con ella, serás dichoso. Pues bien; apela á sus buenos sentimientos; él te escuchará, te llamará su hijo, estoy segura, no ante todo el mundo; pero sí en el fondo de su corazon, y despues de haberte escluido de su familia por su matrimonio, te hará entrar en ella por el tuyo. Vamos, ¿no es este el mejor consejo que puedo darte? ¿No es lo mejor que puedes hacer en tan tristes circunstancias?

SANTIAG. No madre mia, no. ¿Crees tú que un hombre, como yo, que, hace veinte y tres años, quiere y aprecia á su madre, como la mejor y mas virtuosa de las mujeres, y á quien se le cuenta de repente lo que acabo de saber; crees que ese hombre, al hallarse frente á frente de su padre, no le pedirá esplicacion de su vida entera y olvidará todo, ó no querrá saber nada, con tal que se le dé la mano de la que ama? Me conoces demasiado; has hecho de mí un hombre bastante noble y leal para pensar que viviré con una duda entre nosotros. Sí; yo adoro á Herminia y ese amor constituia el sueño de mi porvenir; pero esto era hace dos horas, cuando me conceptuaba un hombre como todos los demas. Ahora es otra cosa, y debo posponer mi amor

á mi honra. Amaré á Herminia cuando esté seguro de que soy un hombre intachable. (*Se levanta.*)

CLARA. Santiago!...

SANTIAG. Se conoce que no ves, madre mia, ó no quieres ver, desde que estoy aquí, que un solo pensamiento domina mi espíritu, que una sola idea embarga mis sentidos: ¿no vislumbras que hay en mi vida pasada y presente un misterio que no comprendo, y cuya esplicacion no me atrevo á pedirte, (tan acostumbrado estoy á mirarte con amor y respeto!) y que esa esplicacion, que ansío y que no te puedo demandar, es menester que se la pida á otro?

CLARA. Todo lo sabrás, hijo mio!... Pregunta, júzgame, lo exijo.

SANTIAG. Pues bien, madre mia; si tú carecias completamente de recursos, si mi padre me abandonó, ¿en qué consiste que soy rico?

CLARA. Escucha, Santiago, escúchame con calma, te lo suplico.

UN CRIAD. Señorito...

SANTIAG. ¿Qué hay?

UN CRIAD. Aquí está un caballero, á cuya casa habeis ido hace poco, que desea hablaros; se llama el señor Sternay.

SANTIAG. (*Abriendo la puerta lateral izquierda.*) Entra aquí, madre mia; oye lo que va á pasar y preséntate cuando lo juzgues conveniente. (*Al criado.*) Decid al señor Sternay que pase. (*Abraza á su madre.*)

CLARA. ¿Me prometes?...

SANTIAG. Te prometo conducirme como hombre de bien. (*Váse Clara en el momento de entrar el señor Sternay.*)

ESCENA IV.

SANTIAGO.—STERNAY.

STERN. ¿Es al señor de Boisceny á quien tengo el honor de hablar?

SANTIAG. Sí, caballero.

STERN. Os habeis tomado la molestia de pasar por mi casa; habia salido; lo siento; pero cuando he vuelto, he visto vuestra tarjeta y me he apresurado á venir á fin de evitaros otra nueva incomodidad.

SANTIAG. Os doy gracias por la atencion.

STERN. Es un deber. *(Se sienta en el canapé, y Santiago, junto al velador.)*

SANTIAG. Supongo que la señora de Sternay, á quien tuve el honor de conocer en una casa de campo, os habrá hablado sin duda de mí?

STERN. En efecto, caballero; en sus últimas cartas me hablaba con bastante frecuencia de vos, y en tales términos que, sin haberos tratado, no fuísteis ya un estraño para mí... Me decia que amábais á mi sobrina, y que nos habeis hecho el honor de solicitar su mano. ¿No tenia que venir mi madre á la quinta?

SANTIAG. En este instante se encuentra en ella.

STERN. La habeis visto?

SANTIAG. No, señor.

STERN. ¡Ah!... Sin embargo, es quien se ocupa especialmente de Herminia. Es lo mas regular. Yo no puedo sino ratificar lo que ella haga; pero, al ceder en esta parte mis derechos, no se han disminuido mis deberes, ni se ha atenuado mi afecto para con Herminia á quien amo, como si fuera mi hija, y que será mi única heredera, puesto que no tengo hijos.

SANTIAG. Que no teneis hijos?

STERN. No.

SANTIAG. No los habeis tenido nunca?

STERN. Nunca.

SANTIAG. (*Despues de una pausa.*) Si he ido á vuestra casa, ha sido para preveniros que mis proyectos de matrimonio deben considerarse probablemente como no concebidos.

STERN. Desistis de vuestro propósito?

SANTIAG. No; pero vuestra señora madre se niega á dar el consentimiento, y sin duda vuestra decision será conforme con la suya.

STERN. ¿Y por qué se niega?...

SANTIAG. Porque así como vos no teneis hijos, lo que puede esplicarse, yo no tengo padre, lo que no se esplica.

STERN. Que no teneis padre!... No comprendo...

SANTIAG. Soy hijo natural. Acabo de saberlo hace dos horas, y en seguida fuí á deciroslo. Mi madre me habia ocultado hasta aquí mi posicion, pues de otro modo no hubiera osado pedir la mano de vuestra sobrina. Vuestra señora madre, que acaba de saber la verdad, rehusa formalmente su consentimiento al enlace, y ya mi única esperanza sereis vos.

STERN. Confieso que no esperaba una revelacion tan brusca.

SANTIAG. Pues bien; sea vuestra respuesta tan franca como lo ha sido la confesion.

STERN. Entonces, os diré, caballero, que esa franqueza revela vuestra probidad; pero desgraciadamente...

SANTIAG. Desgraciadamente?...

STERN. Pertenecemos mi madre y yo, ella por su cuna, yo por mis méritos, á una clase de la sociedad en que se llaman principios lo que ciertas gentes califican de preocupacion. Herminia no es mi hija; es únicamente mi sobrina... No podemos disponer de su suerte sino con la mayor reserva... El matrimonio no significa solamente la union de dos personas; simboliza la alianza de dos familias: es preciso, pues...

SANTIAG. ¿Que esas dos familias sean, si no de la misma categoría, al menos de igual cuna?

STERN. Justamente: me habeis pedido que sea franco; perdonadme si os complazco.

SANTIAG. Pues vamos á ver hasta dónde llega esa franqueza. (*Levantándose.*) Mi madre se llama Clara Vignot.

STERN. (*Levantándose.*) ¡Clara Vignot!

SANTIAG. Sí, señor.

STERN. Sois hijo de Clara Vignot!...

SANTIAG. Y vuestro, por consiguiente.

STERN. Caballero...

SANTIAG. Si negais que sois mi padre, al instante me retiro.

STERN. No niego nada.

SANTIAG. Entonces ¿por qué no os habeis casado con mi madre? ¿Por qué no me habeis dado vuestro apellido?

STERN. No tengo nada que deciros.

SANTIAG. Por qué?...

STERN. Porque nada puedo reparar...

SANTIAG. No os pido que repareis vuestra conducta, caballero: os pido que la espliqueis. No solicito un nombre, busco indicios. Se me ha engañado hasta ahora respecto á mi nacimiento, y quiero saber la razon; vos solo podeis iluminarme: habladme, pues, sin rodeos: soy hombre, y conozco el mundo. Dignáos responderme: ¿qué hacia mi madre cuando la conocísteis?

STERN. Trabajar...

SANTIAG. ¿Para vivir?... Nada mas honroso. ¿Tenia alguien derecho para murmurar de ella?

STERN. No.

SANTIAG. Y la amábais?

STERN. La amaba.

SANTIAG. ¿Conquistásteis su cariño, prometiéndola ser su esposo?

STERN. Enhorabuena; cuando la hice esa promesa, creí cumplirla.

SANTIAG. Y por qué no la habeis cumplido?

STERN. Los acontecimientos mas poderosos que la voluntad del hombre; mi posicion, mi familia, que jamás hubiera consentido en semejante enlace, pérdidas de intereses que me hacian todavía mas esclavo de mi madre y exigencias sociales...

SANTIAG. Cuando resolvísteis casaros con otra mujer que con la madre de vuestro hijo, vinísteis á comunicar á esta francamente tal separacion? Se resignó? Consintió en ella?

STERN. No; únicamente dije á vuestra madre que me marchaba.

SANTIAG. Y por qué ese... subterfugio?...

STERN. Por qué?... Porque hay cosas que no se atreve uno á decir á una mujer á la que en verdad nada tiene que echar en cara. Temí las lágrimas, las recriminaciones, las réplicas. Convenid en esto, caballero, pues conoceis la vida tan bien

como yo; ¿para qué he de esforzarme en deciros lo que adivinais y puede apesadumbraros?.. Que quereis!.. Tenia veinte y cinco años; era jóven; el desenlace estaba previsto. Obré como un muchacho, como tantos otros, como vos mismo habríais obrado en mi lugar.

SANTIAG. No lo creo.

STERN. Que no lo creeis! Porque en este momento se trata de vos. Yo bien quisiera poder reparar esa desgracia... Pero cómo?... Estoy casado; no puedo confesar la verdad á mi mujer. Reflexionad qué intenciones eran las que os han conducido á mi casa, cuando habeis conocido la realidad respecto á vuestro nacimiento, y vereis que no tenian nada de filiales. Eso consiste en que la familia es mas que un vínculo de sangre; es un hábito del corazon que no se recobra, cuando por un acontecimiento cualquiera se ha interrumpido hace veinte años. Todo lo que hay de nuevo en vuestra vida y la mia, es que los dos sabemos una cosa que ignorábamos poco há; que no acarrea sino á vos un pesar, á mí un disgusto, un remordimiento, si quereis; porque, si yo, en aquella época, hubiese sabido lo que ahora sé, probablemente mi vida habria tomado otro rumbo. No sois ya ningun niño, y ni vuestro corazon, ni vuestro talento quedarian satisfechos con el nombre de hijo, dado y recibido en secreto. Sois independiente; no necesitais de nadie; no tengo por lo tanto nada que ofreceros. (*Pasando á la derecha.*)

SANTIAG. Es verdad, caballero; el primer sentimiento que me habeis inspirado no ha sido un sentimiento de amor; pero quién tiene la culpa?... Pues bien, sea; me someto á los frios razonamientos de vuestra edad, á la fuerza de los acontecimientos, y no os pido nada de lo que un hijo puede reclamar á su padre; pero lo que no habríais hecho por un hijo natural que os hubiera sido desconocido, ¿no lo hareis por aquel cuyo padre conoceis ahora?—Supongamos que, como me lo aconsejaba mi madre, apelo á vuestro corazon que dice ser muy bue-

no; reduzco toda la ambicion de mi porvenir tan solo á la satisfaccion de mi amor, y que me limito á pediros la mano de vuestra sobrina, ¿me la otorgareis?...

STERN. Ciertamente quisiera hacerlo, pero ¿cómo?.. No soy dueño de mi sobrina: mi madre es su tutora: ademas existe todo un consejo de familia: será imposible ocultar la irregularidad de vuestro nacimiento; se harán entonces las suposiciones mas ultrajantes para Herminia, pues siempre es la mujer á quien se acusa. Se dirá que para que mi madre y yo consintiéramos en ese enlace, en la hipótesis de que mi madre consienta, seria preciso que hubiese razones muy graves, y á eso se le dará el nombre de reparacion tal vez... Y ¿habré de decirlo todo? Entonces se provocará otro escándalo, dirán que doy entrada en mi casa bajo el techo conyugal con el título de suegra á la mujer á quien he negado el de esposa; que hago sentar á mi mesa, casi con el título de yerno, á la persona á quien he rehusado el nombre de hijo: añadirán, en fin, que paso á manos de ese hijo, por medio de un casamiento, unos bienes que no me pertenecen, puesto que son patrimonio de mi hermano, y que hago dádivas á mis hijos con el dinero de otros. ¿Cuál de estos escándalos estais dispuesto á aceptar para el honor de vuestra esposa, para la reputacion de vuestra madre, para vuestra dignidad personal?...

SANTIAG. ¿Quiere decir que mi porvenir está perdido, mi corazon condenado, mi vida aniquilada y todo ¿por qué?... Por una falta que no es mia sino vuestra, y cuyas consecuencias lanzais sobre mi con la fria lógica del egoismo social. Pero cuidado, caballero: vuestras deducciones pueden conducirnos al trastorno de las leyes naturales mas sagradas.

STERN. ¿Cómo?

SANTIAG. ¿Quién me enseñará, en vuestro razonamiento, dónde acaba la sociedad, dónde principia la naturaleza? Puesto que el mundo no sabe, puesto que no debe saber que soy vuestro hijo, no verá

en nosotros sino á dos hombres estraños el uno para el otro. Pues bien, supongamos que sigo la lógica de mi situacion, como vos seguis la de la vuestra, y que os pido una satisfaccion, no ya como un hijo á su padre, sino como un hombre á otro, de la deshonra de mi madre ¿qué me respondereis?

ESCENA V.

Dichos.—Clara.

Clara. (*Que ha entrado durante las últimas palabras.*) ¡Santiago!

Santiag. No temais nada, madre mia: este caballero y yo estábamos filosofando,

Stern. Pues bien; continuo en ese terreno, y os digo que habeis perdido el derecho de hablarme de ese modo al aceptar por tanto tiempo una situacion en que ya nada me corresponde hacer y de que mi delicadeza me impedia hablaros. ¿Quereis sin duda que os dé esplicaciones mas terminantes? Os voy á complacer. No es á Santiago, el hijo sin nombre, no es al hijo de Clara Vignot la costurera sin fortuna, á quien rehuso la mano de mi sobrina; la niego al señor de Boisceny, hombre de mundo, que lleva un apellido cuya genealogía no conozco, y que posee veinte y cinco mil libras de renta, cuya procedencia tambien me es desconocida.

Santiag. Responded, madre mia, por Dios, á esa pregunta á la que no puedo contestar, puesto que há poco os la he dirigido.

Clara. Sé mi juez entonces. El señor de Sternay descorre á tus ojos el velo del pasado; quisiera para disculparse, conseguir que acusáras á tu madre; invoca en su auxilio una suposicion infame; enhorabuena. (*Dirigiéndose á Sternay.*) Sabeis lo que tuvo lugar, veinte años hace, una hora despues de nuestra última entrevista, ¿no es cierto? Logré veros en casa de vuestra madre, que quiso hacerme echar por sus criados, á mí!... á la

madre de vuestro hijo!... Lo que entonces os dije, no lo recuerdo ya; estaba loca de cólera y de dolor. Lo que sé es que hice pedazos la donacion, la limosna que me habíais dejado, que la arrojé á vuestros pies, y que volví á mi casa, desesperada, sin recursos, moribunda. Dios es testigo, sin embargo, de que os amaba tanto en aquella época, que si me hubiéseis confesado la verdad, en lugar de engañarme, me habria resignado. ¡Oh! No dudeis que durante aquellas largas horas de soledad á que tan frecuentemente me relegábais empleada en mecer la cuna de mi hijo que es hoy un hombre, que nos juzga y que quizá me vá á condenar; no dudeis que desde entonces preví este fatal desenlace. No lo decia á nadie, pero pensaba que el señor Sternay no se casaria jamás con la modista Clara, ni reconoceria nunca á su hijo, porque, cuando al corazon de un padre no se le ocurre esa idea el mismo dia del nacimiento de su hijo, no se le ocurre despues. Muchas veces me decia: cuando llegue el momento de nuestra separacion, me lo confesará todo franca y lealmente; me pedirá perdon, sin el cual no podrá ser feliz; me dará su última prueba de aprecio, yo le corresponderé con la última tambien de abnegacion; y si al hallarle de vez en cuando, me dedica una sonrisa, una lágrima quizá, ese será el premio de todos mis sufrimientos.

SANTIAG. (*Abrazándola.*) ¡Madre de mi alma!

CLARA. Despues de aquella escena violenta, caí enferma; fuí cuidada como una hermana por un jóven de la edad que tú tienes hoy, Santiago; se encontraba sin padres, sin amigos, y además víctima de una dolencia que limitaba su vida á algunos meses de fiebre y de insomnio. Y yo que acababa de perder todas mis esperanzas en un momento, que no tenia otra persona sino tú á quien contar mis penas, tú, que eras demasiado niño para comprenderlas, me compadecí, me interesé por aquel pobre jóven que esponia su existencia por salvar la mia: le profesé una especie de amor maternal, y me encargué á mi

vez de salvarle; prolongué su vida dos meses mas del término prefijado por la ciencia; fué cuanto pude hacer; y una mañana del mes de abril, murió, creyendo por fin en la vida, última esperanza que Dios suele otorgar á los que van á morir. Su pérdida me causó un dolor intenso, no te lo oculto. Cuando se abrió el testamento, se vió que nos dejaba toda su fortuna, la que acepté solo por tí á impulsos de la ambicion y como en desquite del destino: no tenia familia; no perjudiqué, pues, á nadie. Compré una hacienda llamada Boisceny; me retiré á ella contigo, y sus vecinos me dieron, mas bien que tomé, el nombre de aquella posesion, título que conservas en memoria de los beneficios que por mí dispensabas á los necesitados. Te eduqué lo mejor que pude, diciéndote que era viuda, y que tu padre habia muerto cuando eras muy niño: esta es la única mentira de que soy culpable, y Dios sabe con cuán buena intencion salió de mis lábios.

SANTIAG. ¿Es eso todo, madre mia?

CLARA. Sí.

SANTIAG. *(Al señor Sternay.)* Estábais en vuestro derecho, caballero, en lo que ha poco me deciais; lo estábais tambien al negarme la mano de vuestra sobrina. Dispensadme por los términos en que os he hablado. *(Movimiento de Sternay.)* Ahora podeis retiraros; nada tenemos ya que decirnos. *(Váse Sternay. Santiago pasa con agitacion á la izquierda, y se sienta.)*

ESCENA VI.

SANTIAGO.—CLARA.

SANTIAG. *(Levantándose de repente.)* Adios, madre mia!

CLARA. Me dejas? A dónde vas?

SANTIAG. No lo sé.

CLARA. Pero qué crees?

SANTIAG. Creo que me habeis dicho la verdad, madre mia; creo que no teneis nada de que arrepenti-

ros, estoy seguro; pero soy muy desgraciado!

CLARA. Santiago!... Dudas de mí?...

SANTIAG. No... Pero me veo en la precision de reconocer que mi padre está absuelto para con vos, para conmigo, y para con todo el mundo!

CLARA. Por qué?

SANTIAG. Porque la inmediata intervencion de un estraño en vuestro abandono y en vuestra amargura, la influencia de ese protector en todo vuestro porvenir, preservan al señor Sternay de los remordimientos de que tanto deseaba verse libre. Y ahora ¿cómo quereis que yo viva? A cada paso que diera, creeria oir en torno mio: «Veis ese jóven? le conocen por el señor de Boisceny..... pero no es ese su nombre: se llama Santiago. En cuanto á su padre, nadie sabe si le tiene! Es rico... ¿De dónde le proviene esa fortuna?... De un muchacho que, hallándose á las puertas del sepulcro, dominado por la madre de Santiago, le dejó al fallecer todo cuanto poseia...»

CLARA. ¡Santiago!

SANTIAG. Eso es lo que por espacio de veinte años habrán estado diciendo de mí sin que yo me haya apercibido de ello; eso es lo que yo comprenderia ahora que se presenta á mis ojos la verdad desnuda.

CLARA. Era una pobre muchacha sin instruccion, sin conocimiento del mundo, te adoraba, ¿qué debia hacer? *(Arístides aparece acercándose muy lentamente.)*

SANTIAG. Aceptar la limosna de mi padre antes que las dádivas de un estraño, siquiera no hubiéseis tenido que darme mas que pan y agua; despues, cuando hubiese estado en edad de comprender y de trabajar, confesármelo todo y hacer de mí un oscuro jornalero, sin otra ambicion que el sustento diario mas preciso, sin otra educacion que el respeto á su madre y una reputacion sin mancilla. Si no teníais con que alimentarme, haberme puesto en un hospicio y no hacer de mí un pretendido caballero, encubierto con un nombre prestado, viviendo sin pudor y sin vergüenza, con el producto de un doble deshonor.

ESCENA VII.

Dichos.—ARÍSTIDES.

ARÍSTID. ¡Miserable!

SANTIAG. ¡Caballero!

ARÍSTID. Oh! No me asustas. El hombre que insulta á una mujer es un cobarde; pero el que insulta á su madre es mas miserable que un ladron. No pronuncies una palabra; no hagas ningun gesto, porque te ahogo como á un perro! (*Clara cae sobre el canapé.*) Pero qué bruto soy: encolérizarme!... Yo! Un notario!... y cuando la situacion es tan difícil! (*Cogiendo á Santiago del brazo.*) Vamos; vé á abrazar á tu madre, imbécil.

SANTIAG. (*Echándose á los piés de su madre.*) Ah! Teneis razon! soy un miserable!

CLARA. ¡Pobre hijo mio!

SANTIAG. Perdóname, perdóname; te lo suplico.

CLARA. Te comprendo y te perdono.

SANTIAG. He tenido un acceso de locura; pero me ha sorprendido tanto ese acontecimiento!... Ahora estoy tranquilo y ya no hablaremos mas de eso: vivia tan confiado!... Ese hombre ha sido cruel para conmigo: un padre! Es incomprensible!... Tendré yo tal vez la culpa? Se me figura, sin embargo, que una palabra suya habria bastado para que le amase aun al cabo de veinte años; pero cuando me ha dicho tan á sangre fria que nunca habia tenido hijos, cuando me he visto tan incalificablemente borrado de su historia, he esperimentado una sensacion inesplicable; la sangre se me ha helado en las venas: parece que es condicion humana haber de someterse á semejantes pruebas. Pero aun me quedan la conciencia de que soy un hombre de bien y tu amor. ¿No es cierto, madre mia, que me perdonas y me amas? (*Se levanta y se sienta junto á su madre.*)

ARÍSTID. Y otros tambien te aman! Yo, pardiez, y la señorita Herminia. (*Estrechándole la mano.*)

SANTIAG. Herminia, sí, tal vez... Pero no contemos con tanto... La pobre niña no es libre... Y ademas ignoraba... No se debe exigir mucho del corazon de una mujer... Lo mejor es preverlo todo: vamos á partir: viviremos todos juntos en el campo y dejaremos obrar al tiempo. Lo apruebas, madre mia?

CLARA. Lo que tú quieras...

SANTIAG. No somos nosotros los únicos que sufrimos. Procuraremos hacer el bien de los desgraciados. (*Llaman.*)

ARÍSTID. Adelante.

ESCENA VIII.

Dichos.—EL MARQUÉS.

MARQ. El señor de Boisceny?

SANTIAG. Servidor...

MARQ. Me han encargado que ponga en vuestras manos esta carta. (*Le da un papel.*)

SANTIAG. (*Leyendo.*) «Caballero, podeis entregar con toda «confianza al señor Marqués de Orgebac los pa-«peles de que habeis tenido á bien encargaros. «Siento marcharme sin poder daros las gracias «en persona, pero os súplico que creais en mi «reconocimiento y en la espresion de mi since-«ra amistad.=Enriqueta Sternay.»— (*Al Marqués.*) He aquí los papeles, caballero: Tendreis la bondad de rogar á la señora de Sternay que disimule, si no se los he remitido tan luego como han llegado á mi poder, pues confieso que los he olvidado á causa de preocupaciones personales.

MARQ. ¿Quereis estrechar mi mano?

SANTIAG. (*Dándosela.*) Con mucho gusto.

MARQ. Estoy á vuestras órdenes.

SANTIAG. Hasta la vista.

MARQ. (*A Clara.*) Podeis estar engreida con vuestro hijo, señora; es todo un caballero: tenia en su mano una venganza: ni siquiera ha pensado en ella.

CLARA. Gracias, caballero.

SANTIAG. (*Al Marqués que vá á marcharse.*) Dispensadme, señor Marqués, pero toda vez que parece os interesais por mí, ¿me permitireis que os haga una pregunta?

MARQ. Las que querais.

SANTIAG. ¿Sabeis lo que ha pasado entre el señor Sternay y yo?

MARQ. Sí.

SANTIAG. Y la señora?

MARQ. Sabe únicamente que la boda se ha deshecho, pero ignora las causas.

SANTIAG. ¿Y la señorita Herminia?

MARQ. Ha recibido órden de no pensar ya en vos, sin otra esplicacion.

SANTIAG. Entonces?...

MARQ. Entonces quiso indagar los motivos de esa órden; pero, como se han negado á decírselos, y conoceis su carácter, se dispuso á venir en persona á interrogar á vuestra señora madre sobre el particular.

SANTIAG. ¿Y...

MARQ. Como á mi hermana no le ha parecido ese paso nada conveniente, se lo ha impedido, y á fin de evitar nuevas prohibiciones, va á encerrar á Herminia en un convento.

SANTIAG. ¿Hasta cuándo?

MARQ. Hasta su mayor edad.

SANTIAG. Gracias, caballero. (*Vase el Marqués. Santiago cae sobre el canapé y Clara á su lado. Despues de una corta pausa, tiende la mano á Arístides.*) ¿No os parece, padrino, que este es un dia de prueba?

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

El Marqués.—Arístides.

Marq. Con que quedamos, amigo Fressard, en que tendreis la bondad de hacer eso por mí: ¿me habeis comprendido?

Arístid. Perfectamente: he comprendido que me habeis convidado durante mi estancia en París á que viniese á pasar un dia en el campo, y que ahora me enviais á hacer un contrato de arriendo con uno de vuestros colonos.

Marq. Perdonad, amigo Fressard; pero...

Arístid. Me chanceo, señor Marqués. Hace un año, desde el dia en que por primera vez nos encontramos, y en que tendísteis tan cordialmente vuestra mano á Santiago, os pertenezco en cuerpo y alma. Me habeis hecho el honor de invitarme á pasar el dia con vos, y además me proporcionais la redaccion de un contrato; todo es ganancia, y por tanto os estoy agradecido.

Marq. Me gustan los caractéres rectos y francos; á primera vista me agradásteis.

Arístid. Gracias, señor Marqués; voy pues á ocuparme de vuestro arrendamiento. Aquí se come á las seis, no?

Marq. A las seis en punto.

Arístid. Os prevengo que tendré hambre. La regularidad de las comidas es una de las cosas mas impor-

tantes de la vida. El apetito es la conciencia del cuerpo.

MARQ. ¿Nos acompañará Santiago á comer?

ARÍSTID. No está seguro de poder quedarse. Acaso tendrá que marchar esta tarde; pero de todos modos, vendrá á haceros una visita. Hasta luego.

MARQ. Hasta luego. (*Sternay entra al tiempo de salir Arístides.*)

ESCENA II.

EL MARQUÉS.—STERNAY.

STERN. Yo conozco esa cara. ¿Quién es ese caballero, tio?

MARQ. Es un notario... el mio.

STERN. Le he visto en alguna parte.

MARQ. Sí que has debido verle. ¿Nos acompañas á comer?

STERN. Pues no! Lo mismo que la Marquesa, mi mujer y mi sobrina; ya habreis recibido mi carta?

MARQ. Sí, y he convidado á algunas personas para que no os fastidieis del todo y para festejar tu vuelta, por que hace cerca de un año que no nos habíamos visto.

STERN. Once meses!

MARQ. ¿Y qué tal el viaje?

STERN. Soberbio, y que ha sentado á Enriqueta á las mil maravillas. (*Va á dejar el sombrero en el foro y vuelve.*) Es tan magnífico ese golfo de Nápoles!... Y vos qué habeis hecho entretanto? (*Se sientan.*)

MARQ. Siempre lo mismo. Estoy en la edad en que no se empieza, sino que se continúa. La Cámara, algunos trabajos en las comisiones, tal cual paseo á caballo, ó en coche, la caza, mis libros, y dos ó tres buenos amigos: hé aquí mis ocupaciones todas.

STERN. ¿Sabeis, querido tio, que vengo con nuevas ideas?

MARQ. Hola! hola!

STERN. Os las voy á comunicar, y á pediros que me

aconsejeis. Ya sabeis cuanto os quiero, y la gran confianza que me inspiran vuestra esperiencia y filosofia.

MARQ. Pura amabilídad tuya. Ya te escucho.

STERN. He abandonado los negocios.

MARQ. Hace mucho?

STERN. Seis meses.

MARQ. Iban mal tal vez?

STERN. Al contrario, perfectamente; pero he realizado una ganancia considerable, y ademas como estaba de viaje... He vendido mi parte.

MARQ. Lo deseaba tu madre?

STERN. Sí.

MARQ. Y cuando ella quiere una cosa...

STERN. Acierta: os lo aseguro.

MARQ. Por lo demas no debe quejarse. Siempre has hecho su gusto.

STERN. Por Dios que sí... en suma, es mujer de gran talento y virtud.

MARQ. Sí, sí.

STERN. He vendido, pues, mi parte. ¿He hecho mal?

MARQ. Has hecho lo que debias.

STERN. Lo aprobais?

MARQ. Lo apruebo.

STERN. Os estais burlando de mí?

MARQ. A qué vendria eso?

STERN. Es que, como os sucede tan frecuentemente... *(Se levanta y se coloca detras del canapé en que está sentado el Marqués.)* Héme ya libre... ¿Qué haré ahora?... se me ha ocurrido una idea.

MARQ. Y es?...

STERN. Una idea de ambicion que empieza á crecer entre los cuarenta y cincuenta años.

MARQ. Con la tripa, eh?

STERN. Justamente. Es fastidioso que no sea uno algo. Eso se conoce cuando se viaja; no debia tolerarse á un hombre de mi edad, dejar de ser siquiera miembro del consejo general y tener alguna condecoracion.

MARQ. Ya te veo venir; ¿quieres que asista la guardia nacional á tu entierro?

STERN. Luego, vé uno por ahí tantos imbéciles en posicion...

MARQ. Que quieres ser uno de ellos... no te equivocas.
STERN. No hay mas que un medio de llegar á ser algo.
MARQ. Y es?...
STERN. El ser diputado. Ocupo una posicion honrosa, tengo una buena fortuna, y algunos amigos en mi departamento. He usado ya de mi influencia para los demas... Ahora me toca á mí...
MARQ. Efectivamente, querido, esa es una escelente idea. Hazte hombre político... eso á nadie sienta mal... Por supuesto serás de la oposicion?
STERN. A fé mia que no.
MARQ. En ese caso recoje velas, porque tu madre habia tenido por conveniente echárselas de legitimista.
STERN. Eso hace ya mucho tiempo.
MARQ. ¿Entonces cuentas con su aprobacion?
STERN. Si es ella quien...
MARQ. Acaba. Es ella quien te ha dado ese consejo?
STERN. Y bien, sí.
MARQ. Es soberbio.
STERN. ¿Puedo contar con que me ayudareis?
MARQ. Cómo?
STERN. Recomendándome al ministro, con quien teneis vara alta.
MARQ. ¿Querrias ser candidato ministerial?
STERN. En mi departamento, donde van á verificarse las elecciones.
MARQ. Vamos; ¿quieres que te presente al secretario del ministro?
STERN. Cuándo?
MARQ. En seguida. (*Se levanta.*)
STERN. Va á venir?
MARQ. Estoy esperándole, y tiene gran influencia con su gefe.
STERN. Magnífico!... Lo demas es cosa vuestra,
MARQ. Es decir que aun falta algo?
STERN. Sí.
MARQ. Sepamos.
STERN. Me respondereis sí, ó no, sin incomodaros?
MARQ. Pero vamos á ver...
STERN. Pues bien... Vengo sencillamente á deciros:— Sois el único que lleva el título y apellido de nuestros ascendientes maternos, sois soltero y

no pensais en casaros. Ese título y ese nombre mueren con vos, y francamente, eso no es justo; tanto mas cuanto que os basta pronunciar una palabra para que no salgan de la familia...

MARQ. Cómo?

STERN. Adoptadme! no teneis hijos.

MARQ. Tampoco tú.

STERN. Pero yo estoy casado.

MARQ. Y tu mujer es jòven aun... asi que no sabemos lo que puede suceder. Esa es otra de las buenas ideas que has tenido, solo que á tu madre se la ocurrió veinte años antes que á tí. Bien me quebró con ella la cabeza cuando te casaste.

STERN. ¿Y rehusásteis?

MARQ. Ya conoces que sí.

STERN. Pero en el dia?...

MARQ. En el dia... sigo rehusando.

STERN. Me juzgais acaso indigno de llevar vuestro nombre?

MARQ. No! pero como tienes ya el tuyo, que es el de tu padre, y que suena muy bien... Sternay!... es muy bonito; consérvale, que yo quiero conservar el mio... Ah! si no le tuvieras... si te sucediese lo que á tu hijo, por ejemplo, no digo que no; y sin embargo, bien le negaste tu nombre cuando fué á pedírtelo.

STERN. Mi hijo!... mi hijo!... En primer lugar, no vino á pedírmelo; y luego, que esa era otra cosa: y ya que me hablais de esa historia...

MARQ. Querido, á tu edad, como á la mia, ya sabe uno lo que se hace: y si no te casaste con la madre de tu hijo, y no quisiste reconocer á este, ni darle la mano de tu sobrina, habrás tenido para ello escelentes razones.

STERN. Escelentes.

MARQ. Quisiera saberlas.

STERN. Y qué, tio mio, vendreis á echármela de predicador despues de la vida que habeis llevado?

MARQ. Querido mio, yo nunca he tenido que reprocharme el haber comprometido á una mujer, ó deshonrado á una muchacha. Afortunadamente me he encontrado siempre con personas que habian tomado su partido antes de cono-

cerme. Solo he tenido amores de mesa redonda; he comido del plato que me alargaba mi vecino de la derecha, lo he trasladado despues á mi vecino de la izquierda, y he dejado el puesto. Si me hubiese encontrado en tu lugar...

STERN. Habríais hecho lo mismo que yo.

MARQ. No.

STERN. Entonces hubiérais tomado por mujer á una costurerilla, cuya madre habia sido tendera, el padre tabernero, y su tia doncella de labor. Seamos justos; esos matrimonios no se hacen.

MARQ. Bien, pero siquiera se reconoce la criatura.

STERN. Menos aun. ¿Por qué proporcionarnos una carga para toda la vida á causa de un error de la juventud? Se asegura al niño la subsistencia, como yo lo verifiqué—pues no es culpa mia si su madre no aceptó,—y al obrar así hace uno lo que de cada cien hombres, los noventa y nueve. Sobre todo, no es esta ocasion la de reconocerle, dar un escándalo, indisponerse con su madre y con su mujer... Si ese muchacho hubiera sido desgraciado... pero cá! si es mas rico que yo.

MARQ. Oh! si hubiese estado rabiando de hambre, le hubieras señalado una pension de seiscientos francos, y quizá otros tantos á la madre; pero lo que él necesitaba era un apellido... Entonces, segun parece, tuviste por conveniente invocar la sociedad y la moral. Debiste estar sublime... hubiera dado algo bueno por oirte... y para salir de la posicion falsa en que te hallabas, trataste de hacer creer á tu hijo que su madre habia tenido un amante, siendo así que estabas persuadido de lo contrario.

STERN. Se podia apostar...

MARQ. Mientes... sabias muy bien á qué atenerte sobre el particular... y en todo caso, si se podia apostar, no eras tú por cierto quien debia sostener la apuesta, sobre todo contra tu hijo y cuando su madre habia dado esplicaciones en tu presencia... por el contrario, pudiste y debiste retirar lo que habias dicho. Y luego, suponiendo que creyeses tener buenas razones para no pen-

sar en tu hijo, de un año á esta parte no tienes escusa.

STERN. ¿Pero cómo sabeis tantos pormenores?

MARQ. No te importa... me parece que cometiste en eso una picardia, querido mio. Tu conciencia nada seguramente te dice: mejor para tí, y hablemos de otra cosa. No es eso lo que por acá te ha traido. Quieres ser diputado y hombre político... no trato de impedírtelo; arréglalo con el gobierno, que es á quien interesa. Pero en cuanto á que te adopte dándote mi título y apellido... eso es distinto... y lo rehuso sin ambages ni rodeos. Cada cual tiene sus razones: yo no creo conveniente decirte las mias; bástete saber que son escelentes. Fuera de esto, quiere mucho á tu madre, procura no desagradarla en nada, y conserva tu carácter, con lo cual seguirás siendo dichoso; yo soy quien te lo digo. Me parece inútil darte el abrazo de ordenanza despues de este sermoncito; puedes muy bien pasarte sin él, y no por eso nos querremos menos. *(A la Marquesa que entra con Herminia y la señora de Sternay.)* Felices, querida hermana.

ESCENA III.

Dichos.—LA MARQUESA.—ENRIQUETA.—HERMINIA.

MARQ.ª Buenos dias, hermano. (*Se sienta en el sofá de la izquierda.*)

MARQ. Estais buena, querida Enriqueta?

ENRIQ. Muy bien, gracias.

MARQ. Y tú, niña? ¿Se ha hecho hoy una escapatoria del convento, eh?

HERMIN. A vuestro cumpleaños lo debo.

MARQ. En efecto que es hoy.

HERMIN. (*Abrazándole.*) Y os lo deseo muy feliz.

MARQ. Gracias, hija mia; pero sabes que el convento te sienta á las mil maravillas?

HERMIN. Nunca me he encontrado mejor.

MARQ. Lo cierto es que tienes una cara que dá gozo; has engordado.

HERMIN. Ha sido preciso que me ensanchen todos los vestidos, y ademas he crecido. Se está muy bien en el convento.

MARQ. Es decir que estás contenta en él?

HERMIN. Mucho. (*Va á dejar su sombrero sobre una consola.*)

MARQ.ª (*A Sternay, aparte.*) Y bien qué hay?

STERN. Se ha negado rotundamente.

MARQ.ª Bajo qué pretesto?

STERN. Bajo pretesto... de que no quiere.

MARQ.ª Yo me encargo de decidirle.

MARQ. (*A Enriqueta que se habrá sentado junto á la mesa de la derecha.*) Es cierto lo que dice Herminia?

ENRIQ. Al menos, así lo creo.

MARQ. Ni una palabra acerca del señor de Boisceny!

ENRIQ. Ni siquiera una sílaba.

MARQ. Pero con vos?...

ENRIQ. Conmigo tampoco.

MARQ. ¿Qué os ha dicho la superiora del convento?

ENRIQ. Que Herminia come, bebe, charla y rie con sus compañeras lo mismo que en otro tiempo.

MARQ. ¿Y nada le habeis preguntado?

ENRIQ. No: respeto, pues, su silencio, con tanta mayor facilidad, cuanto que nada me es dado hacer en su favor.

HERMIN. (*Aproximándose al Marqués.*) ¿Puedo leer este libro, querido tio?

MARQ. Sí; solo que está en inglés.

HERMIN. Lo he aprendido este año.

MARQ. Lee entonces cuanto quieras... ó por mejor decir, cuanto puedas. (*Herminia se retira á un lado á leer con atencion.*)

ENRIQ. Ya lo veis.

MARQ. Es verdad, y luego que un año de convento basta para cambiar mucho.

ENRIQ. No es Herminia de las que cambian en un año.

MARQ.ª Hermano mio?

MARQ. Hermana?

MARQ.ª Es algun secreto lo que hablais con Enriqueta?

MARQ. Sí.

MARQ.ª Entonces os aplazo para cuando concluyais con ella: supongo que no necesitaré tomar vez?

MARQ. Es inútil; tengo buena memoria. (*A Enriqueta.*) ¿Y Herminia sigue ignorando la causa de no haberse verificado su enlace?

ENRIQ. Todavia.

MARQ. Y vos sabeis el motivo de aquel rompimiento?

ENRIQ. Sí.

MARQ. Sternay por su parte nada os ha dicho?

ENRIQ. Nada; no ha hecho mas que confirmar la opinion de su madre.

MARQ. Yo os lo diré todo, porque conviene que lo sepais...

MARQ.ª ¿Cuándo acabais, hermano mio?

MARQ. Allá voy, hermana, se conoce que no os distraeis mucho que se diga con vuestro hijo.

HERMIN. Tio mio, sabeis el inglés?

MARQ. Sí.

HERMIN. ¿Qué significa la palabra *steadiness*? (1)

MARQ. Perseverancia.

HERMIN. Gracias.

ESCENA IV.

Los mismos.—SANTIAGO.

MARQ. (*A la Marquesa, viendo llegar á Santiago.*) Es menester que tengais un poco de paciencia para lo que me íbais á decir; afortunadamente pasaremos juntos el dia. (*Presentando á Santiago.*) El caballero Santiago Vignot. (*Presentando á la Marquesa.*) La señora de Sternay, marquesa de Orgebac. ¿Cómo no os ha acompañado vuestra madre, querido Santiago?

SANTIAG. Ya sabeis, señor Marqués, que mi madre sale muy poco, y ademas hoy está ocupándose de los preparativos de mi viaje

MARQ. Marchais pues decididamente?

SANTIAG. Esta noche; vengo á decíroslo, como una buena noticia.

MARQ.ª (*Aparte á Sternay.*) ¿Qué significa esta burla? No es ese el hijo de Clara Vignot?

---

(1) Pronúnciese: Sted'-i-nes.

STERN. Sí, madre mia; no entiendo una palabra.

MARQ. (*Presentando su sobrino á Santiago.*) Mi sobrino... el señor de Sternay.

SANTIAG. (*Saludando.*) He tenido ya el honor de ver otra vez á este caballero.

MARQ. La señora de Sternay... (*Santiago saluda respetuosamente.*)

ENRIQ. (*A Santiago.*) Hace un momento he preguntado por vos, caballero, solo que no os conocia por el apellido bajo el cual me habeis sido presentado.

SANTIAG. Esa es la razon por que he querido serlo de nuevo. El apellido que llevaba antes, no me pertenecia, y he debido abandonarle y tomar el mio verdadero.

ENRIQ. Cualquiera que sea vuestro nombre, es el de una persona á quien aprecio; me complazco en decirlo.

SANTIAG. Gracias, señora.

MARQ.ª (¿Qué quiere decir esto?)

SANTIAG. (*Dirigiéndose á Herminia y dándole la mano.*) Felices, Herminia.

HERMIN. Felices, Santiago; no habreis dudado de mí?

SANTIAG. Ni por un momento.

HERMIN. Tampoco yo de vos.

MARQ.ª Qué es eso? estais loca, Herminia?

HERMIN. Creo que no, mamá.

MARQ.ª ¿Qué significa esa manera de tratar á este caballero?

HERMIN. Es muy sencillo: (*Pasando al medio.*) el señor y yo nos amábamos el año pasado, nos lo confesamos; y yo le prometí ser su mujer, como él ser mi esposo. Tuvisteis por conveniente oponeros á este enlace sin decirme el por qué; acaté vuestro mandato, pues era menor de edad, y luego debia respetaros como á señora de mas esperiencia. Obrábais como persona de juicio; pero los que somos como este caballero y yo, no tenemos mas que una palabra, y cuando llegamos á darla, bien puede fiarse en ella. Despues de un año de separacion forzosa, volvemos á encontrarnos en casa de mi tio, de vuestro hermano, de un hombre honrado, en fin, que acoge á este caballero como amigo, lo cual

prueba que sigue siendo digno de mi aprecio. Nos hemos, pues, tendido francamente la mano con la mayor espansion y delante de todo el mundo, lo cual me parece mas decoroso que si hubiéramos aguardado una ocasion de hablarnos en voz baja y en un rincon. Hé aquí, mamá mia, la esplicacion de mi conducta.

MARQ.ª ¿Y puede saberse cuáles son vuestros proyectos? *(Se levanta.)*

HERMIN. Sí, mamá: si antes me lo hubiéseis preguntado, antes os lo hubiera dicho: mis proyectos consisten en unirme al caballero Santiago Vignot, puesto que sigo amándole, de la misma manera que me habria unido al señor de Boisceny: no es seguramente el mismo apellido, pero sí la misma persona.

MARQ.ª Y cuándo pensais casaros con ese caballero?

HERMIN. Cuando no halleis otro partido que el de dar vuestro consentimiento.

MARQ.ª Está bien, señorita; pero hasta entonces?...

HERMIN. Hasta entonces, mamá, volvereis, segun creo, á llevarme al convento de que hoy he salido, y creo que hareis bien; porque ademas de que os disgustaria tener continuamente á vuestro lado á una muchacha tan desobediente como yo, por mi parte es el sitio donde mas deseo estar hasta los veintiun años para aprender muchas cosas útiles que no sé aun.

MARQ.ª Entonces, si os parece, marcharemos en seguida, porque opino que no es este vuestro lugar.

HERMIN. Como gusteis, mamá.

MARQ.ª Vamos, pues.

HERMIN. Vamos. *(Va á tomar su sombrero.)*

ENRIQ. Señora!...

MARQ.ª Nadie os llama aquí.

STERN. Pero, madre, no podriamos...

MARQ.ª En mi casa me encontrareis, si necesitais hablarme, hijo mio. Por lo que hace á vos, hermano, es la última vez que pongo los piés en vuestra casa; y no hubiera venido á estorbaros si hubiese podido presumir á quién habia de encontrar en ella.

MARQ. Como gusteis, hermana; pero tened presente

que en mi casa solo habeis encontrado personas á quienes aprecio y tengo en mucho.

MARQ.ª Venid, Herminia.

HERMIN. Allá voy, mamá. Hasta la vista, Santiago.

SANTIAG. Herminia, hasta la vista. (*Vánse Herminia y la Marquesa.*)

STERN. (*A Santiago.*) Necesito hablaros, caballero.

MARQ. (*A Enriqueta.*) Efectivamente, estos señores tienen que hablar; venid á dar una vuelta por el jardin, querida Enriqueta; os contaré una historia, y os manifestaré una idea que tengo.

ENRIQ. No entiendo una palabra: en resumidas cuentas ¿quién tiene razon en este asunto?

MARQ. Todos: y en eso estriba la dificultad. (*Vánse.*)

ESCENA V.

SANTIAGO.—STERNAY.

STERN. Veamos, jóven, ¿á dónde quereis ir á parar?

SANTIAG. Yo? á ninguna parte.

STERN. Vuestra presencia en esta casa el mismo dia en que á ella vuelvo por primera vez, prueba que os proponeis un objeto.

SANTIAG. Estais en un completo error.

STERN. ¿Qué habeis venido á hacer aquí?

SANTIAG. He venido á visitar al señor de Orgebac y á despedirme de él, puesto que marcho esta noche, é ignoraba, no solo que estuviéseis aquí, sino que hubiérais vuelto, y aun si os habíais marchado. El Marqués ignoraba lo mismo que yo, que le visitaríais hoy. La casualidad es por lo tanto la que otra vez lo ha hecho todo.

STERN. Es decir que estais en relaciones íntimas con mi tio?

SANTIAG. Tan íntimas, como pueden serlo entre dos hombres de nuestras respectivas edades. De seis meses á esta parte estamos, no solo en relaciones de amistad, sino tambien de negocios, puesto que con frecuencia tengo algunas comunicaciones que transmitirle de parte del ministro, de quien soy secretario.

STERN. Cómo! sois vos el secretario del ministro?

SANTIAG. Sí, señor.

STERN. Os doy la enhorabuena! ¿Debeis sin duda esa posicion al Marqués?

SANTIAG. Parte á él, y parte á cierto trabajo que dirijí á S. E. sobre la cuestion que se agita en Oriente, y que habia estudiado á fondo. El ministro, despues de leerlo, entró en ganas de conocerme, y le fuí presentado por el Marqués, quien le refirió mi historia, omitiendo los nombres que en conciencia debian omitirse.

STERN. Pensais mucho mas juiciosamente que el año pasado!

SANTIAG. Mis ideas son propiamente las de un hombre que ha sufrido mucho en poco tiempo. Por un momento renegué de la existencia, entregándome á la cólera y al ódio. Jóven, sin esperiencia, estraño á las grandes emociones, era digno de disculpa; pero al fin triunfaron los sentimientos propios de mi genio, y volví á ser bueno como mi madre me habia enseñado á serlo. Frecuentemente el pesar imprevisto, la desgracia inmerecida dan al hombre una energia y perseverancia que quizá nunca hubiese tenido en la felicidad, y hombre hay que ha llegado á ser una eminencia con el sufrimiento, y á quien la dicha nunca hubiera sacado de la esfera vulgar. Sirvo á mi patria en lo que mis fuerzas alcanzan sin ruido ni ostentacion. Siempre fuí inclinado á la oscuridad, y mi nacimiento me ha hecho de ella un deber, á que no faltaré, á no ser impulsado por una voluntad mas fuerte que la mia. No tengo ambicion, y comprendo que tampoco me es dado tener orgullo, puesto que debo el ser á una falta que se haria imperdonable, si de ella quisiera blasonar. Ni me avergüenzo de esa falta, ni de ella me vanaglorio; no la oculto, tampoco la declaro; la acepto como un hecho, y juzgo que nadie se creerá autorizado á echárnosla en cara á mi madre ni á mí, viendo cuán modesta vida llevamos. No obstante, como Dios es justo, me ha enviado una compensacion en el amor de vuestra sobrina. Ni

vos ni vuestra madre habeis tenido por conveniente concederme su mano; quiere decir, que en lugar de ser deudor de mi esposa á su familia, lo seré á la ley, la cual, si ha herido rudamente una parte de mi corazon, derramará al menos un bálsamo consolador en la otra. Ya veis cómo no tengo motivo alguno para aborrecer á nadie, cómo he arreglado mi vida lo mejor que me ha sido posible, y cómo, en fin, me he colocado, en mi concepto, en lo mas sencillo, justo y verdadero.

STERN. Sois, Santiago, á fé mia un guapo muchacho. (*Le tiende la mano y este la rehusa.*)

ESCENA VI.

Dichos.—ENRIQUETA.

SANTIAG. Aqui teneis á la señora de Sternay. Adios, señora.

ENRIQ. Os marchais, caballero?

SANTIAG. Vuelvo á Paris, de donde debo salir esta noche.

ENRIQ. Esta misma noche?

SANTIAG. Sí; he venido á despedirme del Marques, y solo me queda tiempo para ir á abrazar á mi madre. Permitidme, señora, que vuelva á daros las gracias por la acogida que habeis tenido á bien dispensarme, así como por la simpatía de que tantas muestras me habeis dado. (*Saluda y váse.*)

ESCENA VII.

ENRIQUETA.—STERNAY.

ENRIQ. ¿Sabeis que el Marqués me lo ha contado todo?

STERN. ¿Y qué es lo que os ha contado, querida mia?

ENRIQ. Que Santiago Vignot es hijo vuestro.

STERN. Entonces no trataré de ocultároslo por mas tiempo.

ENRIQ. Y aun quisiera saber por qué me lo habeis ocultado hasta ahora.

STERN. ¿Cuándo os lo hubiera podido decir?
ENRIQ. Antes de nuestro matrimonio.
STERN. Vuestra familia me habria rehusado vuestra mano y...
ENRIQ. ¿Y qué?
STERN. Que os amaba...
ENRIQ. Enhorabuena: de todos modos, ya que no os atrevísteis á hacer esa confesion antes de casaros, hubiérais debido pensar en hacerla cuando nada os lo impedia ya... Yo habria adoptado aquel niño, y le hubiera educado á nuestra vista.
STERN. De veras?
ENRIQ. Y por qué no?
STERN. Es que la madre no hubiera consentido en abandonarle.
ENRIQ. Es verdad, nunca se piensa en las madres hasta llegar á estos casos. Entonces, caballero, lo mas acertado habria sido casarse con la madre..... Probablemente esto nos hubiera convenido mas á todos.
STERN. Enriqueta!
ENRIQ. En fin, no hablemos mas de lo pasado... Cuáles son ahora vuestros proyectos?...
STERN. Aconsejarme de vos.
ENRIQ. Pues os aconsejo que hagais cuanto esté de vuestra parte para salir de la situacion en que os veis, y que sería vergonzosa si no fuese ridícula. Porque en ridículo os encontrábais hace un momento en presencia de vuestro hijo, y esa situacion se renovará tantas veces cuantas os halleis frente á frente uno de otro.
STERN. Yo no podia hablar de semejante cosa delante de mi madre, de vos, y sobre todo de Herminia, que debe ignorar esos secretos de familia, en lo que creo convendreis conmigo.
ENRIQ. Sin duda alguna; pero es preciso buscar un medio de casarla cuanto antes con vuestro hijo, puesto que sigue amándole.
STERN. Busquemos, pues, ese medio; nada mas de mi gusto.
ENRIQ. ¿Qué clase de mujer es la madre?
STERN. ¿Qué madre?
ENRIQ. La madre de vuestro hijo.

STERN. Es verdad que no la conoceis.

ENRIQ. ¿Dónde quereis que la haya conocido? Pero me basta ver cómo ha educado á su hijo para juzgar que debe ser una mujer honrada.

STERN. Oh! eso sí: Clara es la honradez personificada.

ENRIQ. No es malo que lo confeseis: y entonces, caballero, á qué aguardais?

STERN. Para qué?

ENRIQ. Para abrazar á ese jóven y darle vuestro apellido.

STERN. Espero... ya se vé, vos mirais las cosas, como mujer, con el corazon, y yo con la cabeza.

ENRIQ. Entonces se hallan cambiados los papeles; pero vuestra razon, vuestro propio egoismo os deben mover á reconocer á vuestro hijo y darle el apellido que llevais.

STERN. ¿Lo creeis asi?

ENRIQ. No será poca fortuna si se logra hacer de vos un verdadero padre; pero al fin nada se pierde en probar... Primeramente, es hijo vuestro aunque natural... hé aquí la razon mas poderosa. Despues, no teneis ninguno legítimo... Por último, con la firmeza que le es propia, y á fé mia que en esto no se os parece, á la mayor edad de Herminia, legítimo ó ilegítimo, se casará con vuestra sobrina... por supuesto, cuando se hayan llenado todas las formalidades.

STERN. Es indudable.

ENRIQ. El caso será ruidoso, se traslucirá la verdad, y no habrá nadie que deje de preguntar por qué no habeis reconocido ese hijo... se investigará su vida, y qué aparecerá? Que es un hombre honrado, inteligente, y que se ha creado por sí solo una posicion. Así que entonces todo el mundo dirá: el señor de Sternay ha sido poco hábil en no reconocer á un hombre que podria serle tan útil.

STERN. ¿Qué es eso de serme útil?

ENRIQ. Ya suponeis que si el señor Vignot llevase vuestro apellido, tan apreciado como es del ministro, le seria muy fácil pedir lo que quisiese para su padre.

STERN. Es verdad.

ENRIQ. Sois ambicioso; él os encumbrará: de suerte que habreis servido á un tiempo á vuestra conciencia y á vuestros intereses.

STERN. Exactamente: ¿y luego?

ENRIQ. ¿Sabeis lo que sucederá si no os decidís al momento?

STERN. ¿Qué sucederá?

ENRIQ. Que otro hará lo que vos debíais haber hecho; es decir, que reconocerá á vuestro hijo.

STERN. Otro reconocerá á mi hijo! Y quién?

ENRIQ. El Marqués.

STERN. Mi tio?

ENRIQ. El mismo.

STERN. Os chanceais.

ENRIQ. En ese caso tambien se chancearia él cuando hace un momento me participaba sus intenciones.

STERN. Qué os ha dicho?

ENRIQ. Que si lo único que le falta á ese jóven para unirse á Herminia es un apellido, el le dará el suyo, y es capaz de hacerlo como lo ha dicho.

STERN. Cierto que es muy capaz, pero tambien yo lo soy afortunadamente... (*Estrechándola ambas manos.*) Sois una buena esposa, Enriqueta, y me habeis dado un sano consejo... Santiago llevará mi apellido... (*Al Marqués que entra.*) Sois vos, tio mio?

ESCENA VIII.

Los mismos.—EL MARQUÉS.

MARQ. Te sorprende que esté yo en mi casa?

STERN. No; sino que pensaba...

ENRIQ. Me necesitais?

STERN. No; tengo que hablar con mi tio. ¿Quereis ir á esperarme á París, en casa de mi madre? Decidla... pero no, nada la digais... únicamente que aguarde un poco antes de volver á llevar á Herminia al convento.

ENRIQ. Adios, tio.

MARQ. Hasta la vista, amiga mia. (*Vase Enriqueta.*)

ESCENA IX.

El Marqués.—Sternay.

Stern. ¿Qué es lo que acaba de decirme Enriqueta, tio? Que quereis reconocer á Santiago?

Marq. Sí, es una idea que se me ha ocurrido al darle el abrazo de despedida; he conocido que amaba á ese jóven; además pertenece á mi familia, puesto que es hijo tuyo. He creido que ese era el medio de arreglarlo todo. Como no tengo los mismos motivos que tú, vengo á consultarte.

Stern. Gracias, tio, pero vuestra idea ya no sirve.

Marq. Por qué?

Stern. Porque soy yo el que vá á reconocer á Santiago.

Marq. Estás seguro de poder lograrlo?

Stern. Cómo si estoy seguro? No podeis hacerlo vos?

Marq. Claro que sí.

Stern. Pues entonces?...

Marq. No es lo mismo.

Stern. Absolutamente lo mismo, no, porque yo soy su padre.

Marq. Mala razon es esa.

Stern. Cómo?

Marq. Ya no eres padre; ha habido prescripcion.

Stern. Magnífica palabra; pero vos no habeis de competir conmigo.

Marq. Y, por qué no?

Stern. ¿Quereis tener mas derecho que yo para reconocer á mi hijo?

Marq. Seguramente, has tenido veinte y cinco años para pensarlo y debiste aprovechar esa gran ventaja que me llevabas. Encuentro un hijo ya criado, á quien quiero mucho y que me corresponde; nadie le reclama y necesita apellido: precisamente yo tengo uno del que no sé que hacer, y la prueba es que has venido á pedírmele y te lo he negado. Solo me restan algunos años de vida, y no veo por qué no he de satisfacer el gusto de tener un hijo para estos últimos

años. Este será una especie de amor filial vitalicio.

STERN. Linda paradoja!... á bien que la ley está de mi parte.

MARQ. La ley?

STERN. Sí, la ley, el código.

MARQ. Pues tambien cuento yo con eso, amigo mio.

STERN. Seria curioso de ver...

MARQ. (*Viendo entrar á Fressard.*) ¿Quieres verlo en seguida?

STERN. Sí.

ESCENA X.

Dichos.—ARÍSTIDES.

MARQ. Aquí tienes precisamente á mi notario; te respondo de que conoce bien la ley. Venid, querido Fressard, os necesitamos para decidir un caso de derecho.

STERN. Fressard!

MARQ. (*Presentando.*) Mi sobrino el señor Sternay; mi notario el señor Fressard.

ARÍSTID. En qué puedo complaceros? (*Al Marqués.*) Hé aquí vuestro arrendamiento; está en toda regla.

MARQ. Gracias.

STERN. No os acordais de mí, señor Fressard?

ARÍSTID. En efecto, caballero, me parece haber tenido el placer de veros alguna vez.

STERN. Hace mucho tiempo, en casa...

ARÍSTID. En casa de la madre de mi ahijado. ¿Qué tal os ha ido en los veinte años que no nos hemos visto?

STERN. Muy bien, gracias; y á vos?

ARÍSTID. No del todo mal, segun veis.

STERN. Y bien, señor Fressard, no podeis figuraros cuanto me alegro de que esteis aquí en las actuales circunstancias; sabeis perfectamente algunos pormenores que necesitaria pedir á mi notario, y creo no dejará de caberos alguna satisfaccion en prestarme el servicio que os voy á pedir.

ARÍSTID. Soy notario, y por tanto mi profesion consiste

en prestar los servicios que se me piden: ya os escucho.

STERN. ¿Quereis hablar antes, tio?

MARQ. No; primero tú; peroras muy bien, y ademas no quiero que digas que trato de influir en mi favor.

STERN. (*A Fressard.*) Se trata de mi hijo.

ARÍSTID. Teneis un hijo?

STERN. Ya lo sabeis... Santiago.

ARÍSTID. Ah! Santiago es hijo vuestro!.. de cuándo acá?.. porque el año pasado no lo era.

STERN. Ahora lo es.

ARÍSTID. Para mucho tiempo?

STERN. Para siempre.

ARÍSTID. Le habeis reconocido?

STERN. No; pero trato de hacerlo: ¿es posible?

ARÍSTID. Sí, siempre es posible reconocer un hijo.

STERN. Lo ois, tio?

MARQ. Poco á poco.

STERN. ¿Qué formalidades hay que llenar?

ARÍSTID. Es preciso reconocer al hijo en un instrumento auténtico, ante un juez, ó un notario.

STERN. Ese notario sereis vos, si lo teneis á bien.

ARÍSTID. Estoy á vuestras órdenes.

STERN. ¿Es eso todo?

ARÍSTID. Todo.

STERN. Lo veis?

MARQ. Ahora me toca á mí. Querido Fressard, quiero reconocer al hijo de mi sobrino.

ARÍSTID. Podeis hacerlo.

MARQ. ¿Hay que llenar las mismas formalidades?

ARÍSTID. Las mismas.

MARQ. ¿Cuento con vos?

ARÍSTID. Estoy á vuestra disposicion.

MARQ. Lo ves?

STERN. Haré notar al señor Fressard que se trata de negocios sérios, y que, como amigo de Santiago y de su madre, deberia hablar con mas formalidad.

ARÍSTID. Dispensadme, caballero; se ha suscitado una cuestion de derecho, y he respondido categóricamente, como lo hubiera hecho la misma ley; ese es mi deber de notario. Si quereis ahora

consultarme acerca de los intereses de mi ahijado, los defenderé lo mejor que pueda; estoy pronto: ¿quereis que responda, ó que pregunte? Seré una mera máquina.

STERN. Tened á bien presentarnos la cuestion.

ARÍSTID. Sois dos personas que quieren reconocer á un mismo hijo; caso nuevo! (*A Sternay.*) Empezaré por vos. Quereis reconocer un hijo?

STERN. Sí.

ARÍSTID. ¿Teneis alguno mas?

STERN. No.

ARÍSTID. ¿Preferis legitimarle á reconocerle?

STERN. Cómo?...

ARÍSTID. Casándoos con la madre?

STERN. Estoy ya casado.

ARÍSTID. Con otra?

STERN. Sí.

ARÍSTID. En ese caso solo podeis reconocerle. (*Al Marqués.*) Vos tambien quereis hacer lo mismo?

MARQ. Sí.

ARÍSTID. Sois casado?

MARQ. No.

ARÍSTID. Entonces ¿podèis tomar por esposa á la madre y legitimar al hijo?

MARQ. Sí.

ARÍSTID. Hasta ahora el interés del hijo está por esta parte. (*A Sternay.*) A ese reconocimiento pueden oponerse las personas interesadas en ello. ¿Se opone vuestra mujer?

STERN. No.

ARÍSTID. Teneis mas parientes?

STERN. Tengo madre.

ARÍSTID. Se opondrá? responded.

STERN. Sí.

ARÍSTID. ¿Litigareis con ella?

STERN. Litigaré.

ARÍSTID. Ahora falta saber si ese jóven consentirá en que se lleve el nombre de su madre ante un tribunal para obtener un apellido que no solicita. No lo sabemos. No estando él aquí, yo, que soy su amigo, respondo en su lugar... que no. (*Al Marqués.*) ¿Teneis vos madre, padre, hijo natural, legítimo ó ilegítimo, mujer, en

fin, que puedan oponerse al reconocimiento?

MARQ. No.

ARÍSTID. Podeis entonces á vuestra eleccion reconocer ó legitimar. El señor no puede. El interés del hijo está por este otro lado.

STERN. Pues le adoptaré.

ARÍSTID. Sea: ¿teneis hijos legítimos?

STERN. No.

ARÍSTID. ¿Consiente vuestra mujer en la adopcion?

STERN. Sí.

ARÍSTID. ¿Podeis probar que el adoptado ha recibido de vos, por espacio de seis años, alimentos y cuidados no interrumpidos?

STERN. Pero...

ARÍSTID. Podeis ó no probarlo?

STERN. No.

ARÍSTID. La adopcion es imposible.

STERN. ¿Con que quiere decir que un padre no puede reconocer á su hijo?

ARÍSTID. Sí, caballero, el dia de su nacimiento.

MARQ. Y eso es lo mas sencillo...

ARÍSTID. Hay una cosa mas sencilla aun, señor Marqués, y consiste en no tener hijos sino por el casamiento, porque, ya lo veis, cuando el matrimonio no existe, no se pueden tener legítimamente.

STERN. Particular ley es esa que facilita mas el reconocimiento de un hijo á un estraño, que á su mismo padre!

ARÍSTID. La ley es muy sábia, caballero; el padre que quiere dar su apellido á un hijo al cabo de veinte años, repara apenas una mala accion, mientras el estraño, concediéndoselo á otro que no tiene padre, ejecuta una buena. No hay quien diga otra cosa? Pues adjudicado el hijo al señor Marqués.

MARQ. Qué tal?

STERN. (*Despues de una pausa.*) Teneis razon, tio mio; y si algun medio hay de que Santiago lleve mi nombre, en vuestras manos está.

MARQ. ¿Has encontrado ese medio?

STERN. Sí.

MARQ. Veámosle.

STERN. Y creo que el señor Fressard nada tendrá que

oponerle; es un medio que todo lo compondria con arreglo á las exigencias de la sociedad.

ARÍSTID. Conciliacion entonces.

MARQ. Habla.

STERN. ¿El único obstáculo al reconocimiento por mi parte es mi madre?

MARQ. Sí!...

ARÍSTID. Sí!...

STERN. Pues bien, tio; vos podeis obtener ese consentimiento.

MARQ. Cómo?

STERN. Adoptadme, como lo desea, á condicion de que me deje reconocer á Santiago, segun quiero.

MARQ. (*A Fressard.*) Hay algun óbice para eso?

ARÍSTID. Me lo preguntais como á amigo, ó como á notario?

STERN. Como á notario.

ARÍSTID. Pues bien; no.

MARQ. Socarron! al fin conseguirás lo que deseas!

STERN. Lo hago por Santiago.

MARQ. Consiento en ello solo por tu mujer, que merece ser condesa. (*A Arístides.*) A todo pecado, misericordia; quizá llegará á amar á su hijo.

ARÍSTID. (*Con aire de duda.*) Quizá.

STERN. No perdamos tiempo; voy á ver á Santiago antes de que parta. A qué hora dijo que se iba?

ARÍSTID. A las siete y media.

STERN. Son las siete; tengo que darme prisa. Conviene mucho que no vaya á esa mision sino con el nombre de su padre. (*Váse apresuradamente por el foro.*)

ARÍSTID. Ya es nuestro! *Teneo lupum auribus.* Vamos, señor Marqués.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Salon sencillo y elegante.

ESCENA PRIMERA.

La Marquesa—Clara, *que aparecen sentadas en el sofá de la derecha.*

Marq.ª Os dejo, amiga mia; esperais á vestro hijo y es muy justo que deseeis encontraros sola.

Clara. No hallo palabras para espresar cuanto os agradezco esta visita, señora Marquesa.

Marq.ª Hace mucho tiempo que nos habríamos visto, si hubiese sabido antes lo que hoy ha llegado á mi noticia; mi hijo es quien ha tenido la culpa: si en otra época me hubiese referido lo que hasta hace un mes me ha ocultado, habría sido la primera en indicarle cuál era su deber, ya que lo ignoraba; es preciso, sin embargo, perdonarle ahora que sois dichosa y que todo vá á arreglarse, con tal que aprobeis lo que hemos convenido.

Clara. Lo apruebo.

Marq.ª Unos y otros debemos olvidar lo pasado, para no ocuparnos sino del porvenir de ese jóven á quien vamos á querer, á fin de reparar así nuestras faltas. Todos hemos errado; es necesario, pues, que todos pongamos hoy un poco de nuestra parte; quizá tengamos que pediros otra ligera concesion, pero de eso hablaremos mas

adelante; no hay que entristecer la alegria que producirá su regreso. Conque, adios, ó mas bien hasta la vista, porque luego habremos de formalizar todos nuestros documentos. No está Santiago al corriente de lo que en su ausencia se ha convenido?

CLARA. No; el dia en que el señor Sternay consintió en reconocerle, vino á comunicarnos tan fáusta noticia media hora despues de su marcha.

MARQ.ª Ya me acuerdo; quiso correr á alcanzarle! En qué nos vimos para detenerle! Las personas irresolutas son siempre lo mismo: el dia en que se deciden á querer, quieren mejor que los demás.

CLARA. Y luego estaba algo atrasado en ese punto.

MARQ.ª Sin embargo, no partió. *(Se levantan.)*

CLARA. La mision de Santiago era secreta; á nadie ni aun á mí dijo á dónde iba. Ofrecí al señor Sternay, tan luego como recibiese carta de Santiago y supiese su paradero, participarle cuáles eran las intenciones de su padre; pero el señor Sternay prefirió guardarle tan grata sorpresa para su regreso.

MARQ.ª ¿Y creeis que la sorpresa le será grata?

CLARA. Estoy segura.

MARQ.ª Pobre muchacho! cuantas ganas tengo de verle!

CLARA. Y la señorita Herminia?

MARQ.ª Nada sabe de cuanto pasa, sino que consiento en su matrimonio.

CLARA. Qué buena sois! Estoy deseando por momentos abrazar á esa niña! ¿Cuándo lo conseguiré?

MARQ.ª Al punto os la voy á traer.

CLARA. ¿De veras?

MARQ.ª No sois madre del hombre á quien tanto ama? Pero lo merece: yo al menos le aprecio desde que os conozco. ¿Estais satisfecha de nosotros?

CLARA. Y me lo preguntais!

MARQ.ª Hasta luego, querida, hasta luego. (*Abraza á Clara: en este momento aparece Arístides.*)

ESCENA II.

Las mismas.—Arístides.

Arístid. (Esto marcha á pedir de boca.)
Marq.ª Ah! ¿sois vos, amigo mio? Mucho me alegro de veros: ¿están corrientes todos los documentos?
Arístid. Sí, señora.
Marq.ª Entonces, hasta luego. (*Saluda y vase.*)

ESCENA III.

Clara.—Arístides.

Arístid. (*Viéndola marchar.*) Por lo visto ahora no sale ya de aquí.
Clara. Esta es la cuarta vez que viene.
Arístid. ¿No la has pagado las visitas?
Clara. Trataba de hacerlo, pero se ha opuesto: no quiere que me incomode.
Arístid. Lo que no quiere es que te vean en su casa. ¿Por qué contraes esas amistades?
Clara. ¿Qué interés ha de tener en adularme, sino puedo hacer nada por ella?
Arístid. Puedes impedir á tu hijo que entre en sus planes.
Clara. Me guardaré muy bien de semejante cosa.
Arístid. ¿Y crees que esas gentes te recibirán, como si fueses de la familia?
Clara. La Marquesa acaba de decírmelo, hace cinco minutos.
Arístid. Pues bien, dentro de un mes volveremos á hablar de ello.

ESCENA IV.

Dichos.—El Marqués.

Marq. *(Entrando.)* Ha venido?. (*Tendiendo la mano á Clara.*)

CLARA. Todavia no.

MARQ. No debe tardar; el ministro le esperaba esta mañana á las diez.

CLARA. Visteis á S. E.?

MARQ. Está prendado de vuestro hijo.

CLARA. Pues qué ha hecho?

MARQ. Cosas soberbias, segun cuentan; pero mejor es no quitarle el gusto de que él mismo os las refiera.

ARÍSTID. Y el señor Sternay?.., Le habeis visto?...

MARQ. Le encuentro de vez en cuando... Entra, sale, corre como un azogado... vá, ya á una casa, ya á otra: «Mi hijo por aquí... Mi hijo por allá... Conque teneis un hijo? Sí, hombre! Cómo! No lo sabeis? Un escelente muchacho!» Me cuesta lo que no es creible hacerle comprender que debe callarse, porque nada se ha hecho aun definitivamente.

CLARA. ¡Cómo! os volveis atrás de vuestra resolucion?

MARQ. No, señora... Lejos de eso... lo que he consentido en hacer para conciliarlo todo, celebraria en el alma que Santiago lo aceptase, pero.....

CLARA. ¿Qué?

MARQ. El es ahora único juez en la cuestion... Y opino que nos honraremos muchísimo con que forme parte de nuestra familia, con objeto de no aguardar á que lo verifique por su voluntad.

ARÍSTID. Bien, señor Marqués; así hablan los hombres de corazon.

ESCENA V.

Dichos.—STERNAY.

STERN. *(Entra, se dirige corriendo á Clara y le estrecha las manos. Arístides se sienta junto á la chimenea en un sillon.)* Ah! querida Clara,.. Dónde está?...

CLARA. Pues qué, ha llegado?

STERN. Claro es.

CLARA. ¿Le habeis visto?

STERN. No... Pensaba que estaria aquí. El portero del ministerio acaba de decirme que le habia visto y que habia vuelto á marcharse. Tal vez se habrá ido inmediatamente á casa de la Marquesa para ver á Herminia.

CLARA. No; antes vendrá aquí.

STERN. De veras?

CLARA. Estoy segura.

ARÍSTID. (No faltaría mas que no viniese á ver á su madre antes que á nadie.)

MARQ. El portero te habrá dicho eso para que no le fastidiases; como no te conoce...

STERN. Me gusta! Que no me conoce! Sabe muy bien que soy padre de Santiago.

MARQ. ¿Conque hasta al portero se lo has dicho?

STERN. Sí; la primera vez que solicité ver á S. E.

MARQ. Luego le has visto?

STERN. Naturalmente, para saber de Santiago, pues ignoraba á donde dirigirle las cartas.

MARQ. ¿Y el ministro sabe?...

STERN. Lo sabe todo, me ha puesto al corriente de la mision de Santiago tan luego como ha podido darse al público y me ha comunicado los pliegos de mi hijo.

CLARA. (*Sonriendo.*) De nuestro hijo.

STERN. Sí, amiga mia, sí. No podeis figuraros qué claridad de inteligencia, qué lenguaje, qué diplomacia! He visto tambien las cartas de nuestro embajador y del mismo sultan—traducidas por supuesto:—ambos confiesan ingénuamente... que mi hijo les ha salvado.

CLARA. Pues qué ha hecho?

STERN. No os lo ha escrito?

CLARA. No; porque ese secreto no era suyo.

STERN. Luego no sabeis nada?...

CLARA. Nada? (*Se sienta.*)

STERN. Pues Santiago acaba de salvar la Europa entera!

CLARA. Mi hijo!...

STERN. Nuestro hijo, amiga mia... Sí tal; Ibrahim-Pachá iba á pasar el Tauro, hecho lo cual estallaba la guerra europea. Figúraos, Inglaterra contra Rusia... Francia obligada á seguir uno ú otro partido... El Austria por otro lado... Vér-

dad es que Francia podia muy bien... pero el comercio... los intereses materiales...

ARÍSTID. Bah, bah,... charla! Palabreria!

CLARA. ¿Conque Zantiago...

STERN. Sí, Santiago ha sido el que, cuando las cuatro potencias no sabian qué hacerse, ha concebido una idea y la ha comunicado al ministro.

CLARA. ¿Y esa idea era...

STERN. Era buena, segun parece.

CLARA. No sabeis cuál?...

STERN. No.

ARÍSTID. Y antes decia que el ministro le daba parte de todo...

STERN. Pero lo cierto es que así que Santiago ha conferenciado con Mehemet-Alí...

ARÍSTID. Yo creí que era Ibrahim.

STERN. (*Al Marqués que está á su izquierda.*) Mehemet es el padre: Ibrahim el hijo.

ARÍSTID. Y padre é hijo son una misma cosa.

STERN. (*Se levanta.*) Hola, sois vos, señor Fressard! No sabia quién me hablaba; me pareció la voz de mi tio.

ARÍSTID. Sin embargo, contestábais impulsado tan solo por el amor paternal. ¿Y estais bueno?

STERN. Perfectamente; y vos?

ARÍSTID. A las mil maravillas! Conque decíais... Hablábais del Tauro...

STERN. Pues bien... Decia que se trataba de obtener de Mehemet-Alí que Ibrahim no pasase el Tauro: era una negociacion muy dificil: los esfuerzos de todos se habian malogrado... hasta que ha ido Santiago: no sé lo que ha dicho á Mehemet-Alí, pero lo cierto es que Ibrahim ha depuesto las armas y se ha ajustado la paz. Sí, lo repito, la paz de Oriente es la paz del mundo!... Con ella la Europa ha adelantado mas de cincuenta años en la carrera de la civilizacion, porque, señores...

ARÍSTID. Ya se está ensayando para cuando sea diputado...

CLARA. (*Al Marqués.*) Creeis que sea verdad todo eso, señor Marqués?

MARQ. No sé, amiga mia, si vuestro hijo ha hecho todo

lo que refiere el señor Sternay; pero ciertamente ha prestado un gran servicio á su patria. La otra noche hablaban de Santiago en una reunion, y no sé quién decia con cierto aire de desprecio: «Parece que es un hijo natural, á quien su padre no ha querido reconocer nunca.»—«Tanto peor para su padre, contestó el embajador de Inglaterra, que se hallaba presente; cuando uno es hijo de sus obras, pertenece á la mejor familia del mundo; el nombre que se adquiere vale siempre mas que el que se hereda.»

ARÍSTID. Muy bien: ¿qué pensais de eso, señor Sternay?

STERN. Que es magnífico bajo el punto de vista político tal vez, pero no bajo el prisma moral y social; y la prueba, puesto que aquí no se habla mas que por pruebas, es que Santiago, cuando el ministro le ha dicho que solicitase lo que quisiera, tan solo le ha pedido un consulado en Egipto, siendo así que ahora puede aspirar á todo, á la dignidad de Par, ó á la de Embajador, si le parece conveniente. ¿Y por qué pide tan poco? Porque, como él mismo me dijo, su nacimiento le condena á la oscuridad; luego esclareciéndole, ensancharemos su camino!

ARÍSTID. (Ahora teme que su hijo no le reconozca.)

STERN. (*A Clara.*) ¿Habeis visto á mi madre?

CLARA. Sí.

STERN. ¿Estais satisfecha de su comportamiento?

CLARA. Parece muy buena conmigo.

STERN. Adora en vos; tratada á fondo, es muy buena.—Y vos, señor Fressard, me guardais rencor?

ARÍSTID. Quiero á Santiago, y he tomado á mi cargo su defensa.

STERN. Nada mas natural: vos sois casi de la familia.

ARÍSTID. El *casi*, sobra.

STERN. Pero el tiempo pasa; Santiago va á llegar, y necesitamos precisar bien lo que vamos á hacer. Primeramente irá á ver al ministro, es su deber; despues querrá abrazar á su madre, nada mas justo; en seguida firmaremos los papeles, y cosa hecha; luego, como necesitará descansar, partiremos mi madre, Herminia, él y yo para la Turena, donde poseo una hacienda

que le cederé al tiempo de firmar el contrato: allí se casará...

CLARA. Y de mí, señor Sternay, qué pensais hacer?

STERN. Vendreis con nosotros, es claro. Qué, no lo he dicho?

CLARA. No.

STERN. Ha sido un olvido. (*Clara se pone á hablar con el Marqués.*)

ARÍSTID. Decidme, amigo mio, si lo permitís...

STERN. Qué?...

ARÍSTID. ¿No os parece que la posicion de Clara en vuestra casa va á ser muy violenta?

STERN. A quién se lo decís?

ARÍSTID. ¿Quereis que yo sondee el terreno?

STERN. ¿Juzgais poder lograr...

ARÍSTID. ¿No ofreció Clara en otro tiempo vivir en la soledad, retirarse del mundo para que su hijo se casase con vuestra sobrina?

STERN. Pero despues su hijo ha adquirido importancia; está orgullosa de ser su madre, y querrá decírselo á todo el mundo.

ARÍSTID. Clara no tiene orgullo: le ama, y nada mas: de esos amores todo se consigue.

STERN. Ese nombre de madre, existiendo mi mujer, es muy embarazoso; conviene, pues, que viaje durante un año.

ARÍSTID. Aunque sea por dos.

STERN. Sois hombre de talento, amigo Fressard... arreglad ese negocio.

ARÍSTID. Descuidad: Clara no figurará ni aun en el contrato.

STERN. Con que ¿puedo contar con vos?

ARÍSTID. Contad conmigo: pero id inmediatamente á prevenir á vuestra señora madre para que no diga una palabra. Vale mas que el consejo venga de una persona esperimentada.

STERN. Decis bien; voy al punto. Me acompañais, tio?

MARQ. A dónde vas?

STERN. Venid; tengo que hablar con vos. (*Bajo.*) Dejemos al señor Fressard con Clara; necesitan conferenciar.....

ARÍSTID. (*A Sternay.*) Voy á salir tambien. Si le hablase ahora de lo que acaba de ocuparnos, co-

noceria que nos hemos puesto de acuerdo.

STERN. Teneis razon. Hasta luego, querida.

CLARA. Hasta luego.

STERN. Tened la bondad de decir á Santiago que nos aguarde, si llega antes que volvamos.

MARQ. Hasta la vista, señora.

ARÍSTID. (*A Clara.*) Hay novedades.

CLARA. ¿Cuáles?

ARÍSTID. Pronto vuelvo. (*Vánse: en el ínterin abre Santiago la puerta de la izquierda.*)

ESCENA VI.

SANTIAGO.—CLARA.

SANTIAG. (*A media voz.*) Madre mia!

CLARA. (*Volviéndose y abrazándole.*) Santiago!

SANTIAG. Mas bajo; no quiero que nos oigan: estaba aqui, pero esperaba que se marchasen: deseaba verte completamente sola...

CLARA. ¿Debes estar muy cansado?

SANTIAG. No; viajes hay de los que se descansa muy pronto.

CLARA. (*Señalando al pecho de Santiago.*) Qué traes ahí?

SANTIAG. Condecoraciones de varios paises.

CLARA. Conque es verdad, hijo mio!...

SANTIAG. Qué?

CLARA. Lo que nos ha dicho tu padre.

SANTIAG. Cómo! Mi padre?... ¿Cuándo?

CLARA. Ahora poco.

SANTIAG. Ha estado?...

CLARA. Sí.

SANTIAG. No he reconocido su voz. ¿Cómo él en tu casa?

CLARA. Han pasado muchas cosas desde que te fuiste; voy á contártelas.... Sí, tu padre nos ha dicho que acabas de salvar la Europa. (*Se sientan.*)

SANTIAG. Y lo has creido?

CLARA. Cualquier cosa buena creería yo de tí.

SANTIAG. No he hecho mas que llenar con acierto una mision que me habian encargado.

CLARA. Vamos; cuéntame...

SANTIAG. Pues bien; creo no haberme portado del todo mal: pero es menester no exagerar las cosas. Los franceses son así; elevan hasta las nubes á los hombres nuevos, y están siempre dispuestos á precipitarlos para colocar á otros en su lugar. Cuando el ministro me dijo que solicitára cuanto quisiese, tan solo le pedí un consulado, á donde iremos á vivir tranquilamente hasta tanto que se me ofrezca otra nueva ocasion de convertirme en héroe.

CLARA. Has hecho bien: supongo que te acompañaré?

SANTIAG. Cómo podria vivir sin tí?

CLARA. De veras?

SANTIAG. Lo dudas?

CLARA. ¡Cuán feliz y orgullosa me contemplo en ser tu madre!... Todo lo eres para mí, Santiago; no tengo padres, ni marido; en tí cifro mi pasado, mi presente y mi porvenir; la única razon de mi existencia en el mundo: si murieses, no podria sobrevivirte.

SANTIAG. Qué tienes? Por qué tan tristes pensamientos en el dia mas feliz de nuestra vida?

CLARA. Sí; en los momentos dichosos es precisamente cuando mas se nos ocurren los pensamientos tristes, como para advertirnos que no siempre hemos sido felices ni acaso continuaremos siéndolo, y luego...

SANTIAG. Y luego... Sepamos: qué hay?

CLARA. Hay, que tu padre consiente en reconocerte, y que estuvo aquí un cuarto de hora despues de marcharte.

SANTIAG. Me sorprende en efecto; pero, y la Marquesa?

CLARA. La Marquesa lo aprueba: la señora de Sternay tambien: todos están de acuerdo. El Marqués ha estado amabilísimo; adopta á su sobrino y le concede su título á condicion de que la Marquesa consienta á su hijo que te reconozca.

SANTIAG. ¡Oh! Cuántas complicaciones!

CLARA. Nada importa, hijo mio, con tal que...

SANTIAG. Qué?

CLARA. Que seas dichoso... te casarás con Herminia.

SANTIAG. Y tú?

CLARA. Oh! Dios mio! yo, si es preciso, me sacrificaré otra vez...

SANTIAG. Sacrificarte? ¿Han exigido algo de tí? Te han hecho sufrir?

CLARA. Nada me han pedido. Yo soy quien ha reflexionado pensando en tu posicion. ¿Quién sabe si en adelante el apellido de tu padre te será mas útil que el mio. Sabes que Dios ha sido sumamente bondadoso con nosotros: verdad es que siempre has amado á tu madre, y esto nunca lo deja sin premio. ¡Eras tan amable y cariñoso cuando niño!... Paréceme aun que te veo jugando en derredor de la mesa en que yo trabajaba hasta las dos ó las tres de la madrugada; comprendias entonces que lo hacia por tí; me echabas tus brazitos al cuello y me decias. «No tengas cuidado, mamita, cuando yo sea grande trabajaré, á mi vez, y serás rica!.. muy rica!..» Hijo querido! estos recuerdos arrancan lágrimas, pero hacen mucho bien.

SANTIAG. Si, madre de mi alma! (*Se echa en los brazos de Clara.*)

ESCENA VII.

Dichos.—ARÍSTIDES.

ARÍSTID. (*Entrando.*) ¡Temprano se empieza á llorar en esta casa!

SANTIAG. Un poco... por no perder la costumbre.

ARÍSTID. Si me hubieses avisado, habria venido mas pronto para que llorásemos juntos; en fin, otra vez será. ¿Estabas aquí cuando vinimos antes?... Dejaste que nos marchásemos para quedar solo con tu madre; lo acertaste. El criado me hizo una seña que comprendí; acompañé un poco al Marqués, y luego le he dejado con un pretesto cualquiera. Es un escelente sugeto; pero yo queria abrazarte antes que él.

SANTIAG. Decidme, padrino: ¿qué significa ese reconocimiento de que me ha hablado mi madre?

ARÍSTID. Sí, al grano. Vas á llamarte el señor Sternay, y aun acaso el señor conde de Sternay, porque hasta noble vas á ser por resultado de la combinacion fraguada por tu padre. Sí, y mil veces sí. Todo está convenido; tu matrimonio, tu apellido, hasta lo que debes pedir al gobierno. En nada tienes que pensar; vas á vivir con el señor Sternay y su mujer. ¡Cuánto honor para tí!... Tu buen papá es quien ha arreglado todo esto; el pobre te ama tanto... porque como ha empezado un poco tarde, ahora quiere desquitarse. Va á traer aquí á la Marquesa, ¿estás? En cuanto á tu madre, ya comprendes, te ha criado durante veinte y cinco años; no te abandonó, te ama... pero ya no sirve para nada; á cada uno le llega su vez: así es que va á marcharse á una provincia, al estranjero, á cualquier parte, con tal que no se la vuelva á ver; eso es lo que importa.

SANTIAG. Entonces todo está completo.

ARÍSTID. Enteramente.

SANTIAG. Cuánto os habreis reido de esas cosas!

ARÍSTID. No; he aguardado á que vinieses para que nos riésemos juntos.

ESCENA VIII.

Dichos.—STERNAY.

STERN. *(Entrando.)* Gracias á Dios, querido Santiago. *(Le abraza antes que Santiago pueda evitarlo.)*

SANTIAG. Felices, señor Sternay, felices.,. me alegro mucho de veros.

STERN. ¡Qué es eso de señor Sternay!... todo el mundo sabe ya la verdad... venid á mis brazos...

SANTIAG. Ahora, ahora... ¿Cómo está la señora Marquesa?

STERN. Va á venir con mi sobrina, pero me ha dado todos sus poderes. Con ellas vendrá el Marqués; he querido adelantarme á todos, pues deseaba mucho...

SANTIAG. Entonces, caballero, puesto que sois el representante de todo el consejo de familia, y que yo he vuelto espresamente para casarme y para buscar á mi madre, aprovecharé la ausencia de la señorita Herminia, á fin de renovaros oficialmente la peticion que en otro tiempo os hice. Me llamo Santiago Vignot, cuento solo con mi madre; mi fortuna asciende á unos quinientos mil francos: soy caballero de la Legion de Honor y Cónsul; amo á vuestra sobrina, y ella me corresponde: tengo, pues, el honor de pediros su mano.

STERN. Pues si ya os la hemos concedido, querido Santiago; es cosa corriente: solo que habeis padecido una equivocacion; no os llamais ya Santiago Vignot, sino Santiago Sternay.

SANTIAG. De cuándo acá?

STERN. Desde que he consentido en reconoceros, juzgándoos digno de mi apellido.

SANTIAG. Sois muy bondadoso, pero debíais haberme avisado antes.

STERN. ¿Por qué?

SANTIAG. Porque careciendo de nombre, me he creado uno, y seria demasiada ambicion tener dos.

STERN. En todas partes he dicho que érais hijo mio.

SANTIAG. Me veo obligado á deciros, caballero, que habeis hecho mal, porque yo en ninguna he dicho que fuérais mi padre.

STERN. Pero el matrimonio no puede tener lugar sin ese reconocimiento.

SANTIAG. Entonces nada puedo decidir sin consultar...

STERN. ¿A quién?

ESCENA IX.

Los mismos.—EL MARQUÉS.—LA MARQUESA.—HERMINIA.

SANTIAG. *(Señalando á Herminia.)* A mi mujer; puesto que debe usar de mi apellido, tiene el derecho de escogerle.

MARQ.ª (*A Clara.*) Buenos dias, querida... (*Tendiéndola la mano.*)

CLARA. Buenos dias, señora.

SANTIAG. (*Dirigiéndose á Herminia.*) Llegais muy á tiempo, Herminia; acabo de pedir nuevamente vuestra mano que me ha sido concedida por el señor Sternay; sin embargo, falta todavia un consentimiento.

HERMIN. Cuál?

SANTIAG. El vuestro.

HERMIN. No contais con él hace largo tiempo?

SANTIAG. Sí, pero cuando me le disteis, ignorábais muchas cosas que debeis saber... Necesitais vivir lejos de Francia, separada de vuestros hábitos y afecciones de la juventud. ¿No será esto exigir demasiado de vos?

HERMIN. ¿No he vivido en el convento diez y ocho meses esperando el dia en que pudiera ser vuestra esposa? Lo he meditado bien, Santiago, y creo ser la compañera que os hace falta.

SANTIAG. Al presente mi deber consiste en participaros una desgracia que acaso habíais presentido; el hombre á quien amais, Herminia, es un hijo natural. ¿Consentireis sin embargo, en que mi madre os llame hija suya?

HERMIN. Es vuestra madre, y nada mas necesito saber.

SANTIAG. Ahora, dadme un consejo.

HERMIN. Decid...

SANTIAG. Mi padre vive aun; me ha tenido olvidado por espacio de mas de veinte años, y al presente me ofrece su apellido. ¿Debo aceptar ese apellido y el título que le acompaña, ó conservar el nombre de mi madre?

HERMIN. Debeis perdonar á vuestro padre, Santiago, porque las almas generosas deben perdonar siempre; pero debeis tambien guardar el nombre que habeis ya ilustrado y que ilustrareis mas todavia. Ese nombre llevado por vos es la absolucion de vuestra madre y la recompensa de lo que ha hecho por su hijo. En cuanto á mí, no quiéro otros: tanto es lo que me envanezco de ese!

SANTIAG. Ah! Herminia, vuestro corazon ha nacido para

el mio; por eso me habeis comprendido. Madre mia, os presento á Herminia.

CLARA. Hija mia!...

MARQ.ª Perdonad, pero...

SANTIAG. Sé lo que vá á decir la señora Marquesa: que, si no acepto las condiciones impuestas, está libre de su compromiso...

MARQ.ª Eso es, caballero.

SANTIAG. Y que mi negativa hace perder un título al señor Sternay. Afortunadamente mientras que este caballero tenia á bien ocuparse de mí, se me ocurrió la idea de ocuparme de él, y hallé, para conciliarlo todo, un medio que nos servirá. El ministro me ha preguntado con mucha instancia, qué especial favor deseaba al tiempo de casarme; le he respondido que por mi parte nada necesitaba, pero que, sin embargo, entraba en una familia considerada aunque de la clase media, y le he pedido el título de conde para el jefe de esa familia, sabiendo que hacia largo tiempo lo ambicionaba; y que, por lo demas, pertenecia á sus antepasados, quienes no lo perdieron sino por el casamiento de su madre. El Ministro ha obtenido de S. M... ese privilegio y ha puesto en mis manos los diplomas que confirman su ofrecimiento. Aquí los teneis, caballero; desde hoy sois conde.

STERN. Os vengais noblemente, Santiago; pero si no quereis llamarme vuestro padre, ¿me permitireis al menos que os llame hijo mio?

SANTIAG. Sí, tio.—Qué es eso padrino? qué estais haciendo ahí?

ARÍSTID. Yo?.. Llorando.

CLARA. Bien, hijo de mi alma, bien. Ah! creeis ahora pueda llamarse feliz una madre con semejante hijo?

MARQ. ¿Qué no puede esperarse de aquel á quien la desgracia ha dado valor y ambicion? Esa es otra prueba de que debe estimarse al hombre por sus obras, sea cual fuere su cuna. ¿Quién sabe si un hijo cualquiera del pueblo, que corre por la calle con los piés desnudos, seguido de otros pilluelos, no añadirá algun descubrimiento al

catálogo de los de la humanidad, y si otro pobre muchacho, á quien su madre llorosa hace inscribir en el número de los hijos sin nombre, no tendrá en su mente el destino de un mundo!... Dios está en todas partes!.. Dejémosle obrar!...

FIN DE LA COMEDIA.

Un Hidalgo aragones.
Un Verdadero hombre de bien.
La Esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, hijo!
No se venga quien bien ama.
La Estudiantina.
La Escala de la Fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El Buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los Primos.
La Caverna invisible.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
La Amistad ó las tres épocas.
El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

La luna de miel.
Un Ente como hay muchos.
Cornelio Nepote.
Los Pretendientes del dia.
Los dos amores.
Deudas del alma.
Pipo, ó el Princ. de Montecresta.
Las diez de la noche.
El Congreso de Jitanos.
El Preceptor y su mujer.
La Ley Sálica.
Un Casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡Un Divorcio!
La Hija del misterio.
Las Cucas.
Gerónimo el albañil.
Maria y Felipe.

EN UN ACTO.

Remedio para una quiebra.
La mujer de dos maridos.
Ladron y Verdugo.
La astucia rompe cerrojos.
Un viaje alrededor de mi mujer.
Un viaje alrededor de mi marido.
El marido universal.
Un Sentenciado á muerte.
No se hizo la miel...
Los Preciosos ridículos.
Lo que al negro del sermon.
La Union carlo-polaca.
Pepiya la aguardentera.
¡¡Ingleses!!
Un Fusil del Dos de mayo.
Cuerdos y locos.
Pst., Pst.
Entre Scila y Caribdis.
Al que no quiere caldo.
La Piel del Diablo.
Si buenas ínsulas me dan...
El Perro rabioso.
De qué?
La Herencia de mi tia.
La Capa de Josef.
Alí Ben-Salé-Abul-Tarif.
Los Apuros de un Guindilla.
El Sacristan del Escorial.
El Sol de la libertad, *loa.*
Amarse y aborrecerse.
Trece á la mesa.
Dos Casamientos ocultos.
Cinco pies y tres pulgadas.
A la Córte á pretender.
Con el santo y la limosna.
De Potencia á potencia.
Las Avispas.
El Aguador y el Misántropo.
Acertar por carambola.
El Rey por fuerza.
Las Obras de Quevedo.
Un Protector del bello sexo.
No siempre lo bueno es bueno.
Huyendo del peregil.
El Chal verde.
Como usted quiera.
Un Año en quince minutos.
¡Un Cabello!
El Don del cielo.
La Esperanza de la Pátria, *loa.*
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.

¿Cuál de los tres es el tio?
La Eleccion de un diputad
La Banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al Diablo.
Una Ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El Tio Zaratan.
Los Tres ramilletes.
El Corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
Cenar á tambor batiente.
Las Jorobas.
Los Dos amigos y el dote.
Los Dos compadres.
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.
Clases pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
¡Estrupicios por amor.
Mi Media naranja.
Un Ente singular!
Juan el Perdío.
De casta le viene al galgo.
¡No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro Perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofeton.... y soy dichosa!
El Premio de la virtud.
Sombra, fantasma y muger.
Cuerpo y sombra.
Un Angel tutelar.
El Turron de Noche-buena.
La Casa deshabitada.
Un Contrabando.
El Retratista.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS Á TODA ORQUESTA.

Concha!
Diego Corrientes.
El Padre Cobos.
Una Aventura en Marruecos.
Haydé ó el secreto.
El Tren de escala.
Aventura de un cantante.
La Estrella de Madrid.
Don Simplicio Bobadilla.
El Duende.
El Duende, segunda parte.
Las Señas del Archiduque.
Colegialas y soldados.

Tramoya.
Gloria y peluca.
Palo de ciego.
Tribulaciones!!
El Campamento.
Por seguir á una muger.
Buenas noches, señor don Simon.
Misterios de bastidores.
El Marido de la muger de D. Blas.
Salvador y Salvadora.
¡Diez mil duros!
Los Dos Venturas.
De este mundo al otro.

El Sacristan de San Lorenzo.
El Alma en pena.
La Flor del valle.
La Hechicera.
El Novio pasado por agua.
La Venganza de Alifonso.
El Suicidio de Rosa.
La Pradera del canal.
La Noche-buena.
Una Tarde de toros.
Partitura del Duende, para piano y canto.

OBRAS.

Diccionario de la legislacion mercantil de España, por D. Pablo Avecilla.
Legislacion militar de España, por D. Pablo Avecilla.
Código penal reformado, ilustrado y anotado con citas y tablas de penas.
Curso de Derecho Mercantil de España, por el doctor D. Pablo Gonzalez Huebra.

ADVERTENCIAS.

Tomando toda la coleccion de la España dramática, se hace la rebaja de 50 por 100.

Pidiendo ejemplares á la Direccion, que lleguen á 200 rs., se hace una rebaja de 20 por 100.

El Círculo Literario Comercial se halla establecido en la calle de Fuencarral casa de Astrarena.